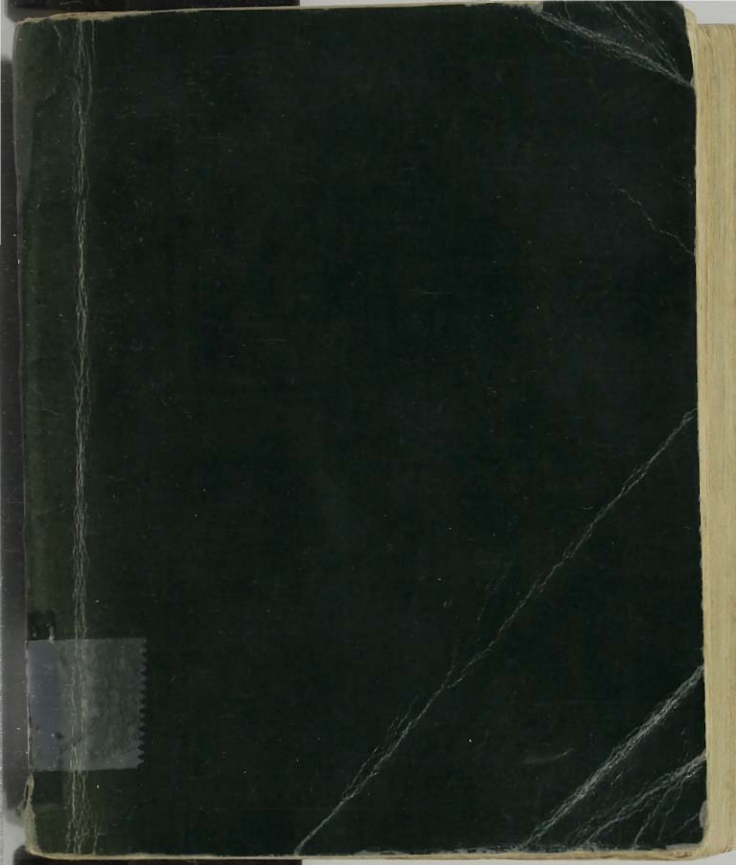




y cada vez mejor correspondi-
...pos de felicidad presente y de ri-
ueña esperanza! ¡Dias felices de mi vida!
¡No, no habeis pasado, como otros muchos
placeres que los años llevan sin volver,
sin dejar amables huellas; vosotros fuísteis
la brillante aurora de esa felicidad que es-
perimento hoy, y mi corazon, retrocediendo
hasta vos, no tiene que pedir os cuenta de
las dulces promesas con que le hayais en-
gañado!

A la primavera siguiente nos casó el señor
Latour, en la iglesia de una aldea vecina;
dichoso por una union que fué obra de su
prudencia y de su desinterés, siempre ha
sido nuestro mas constante amigo. Santiago
me ha acompañado en mi nueva condicion,
y mi padrino, muerto dos años después sin
haberme perdonado, repartió sus bienes en-
tre parientes mas pobres que yo. Ya he con-
cluido, lector; ¿me habreis seguido hasta el
fin? Lo que es yo así me lo he figurado, y
por eso siento tanto pesar en dejaros.

FIN.

MARIQUITA YMARICON.

M. 13899

R. 13822

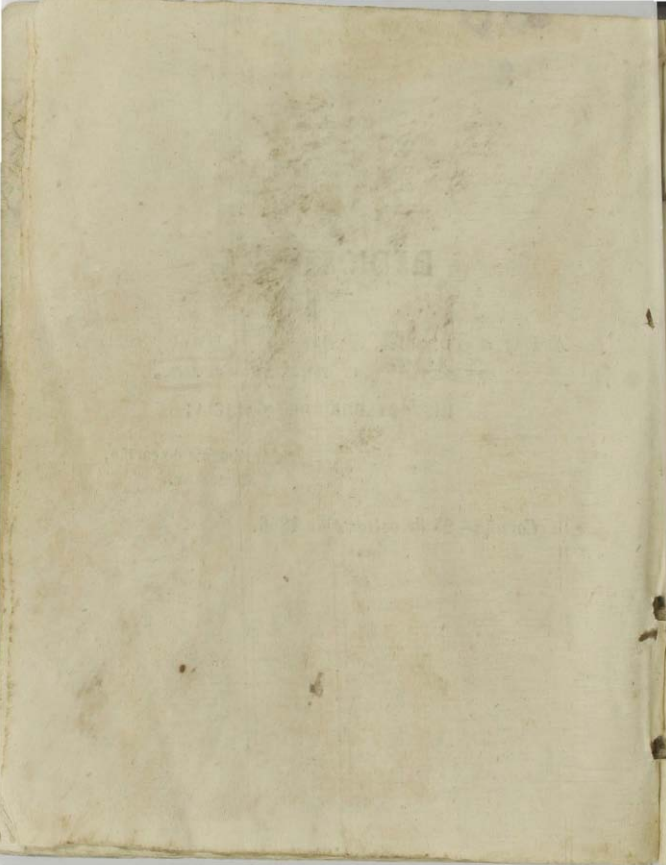
MARSHALL UNIVERSITY

DEDICATORIA.

A mi antiguo, querido y leal amigo
MANUEL MURGULA,
HISTORIADOR DE GALICIA;

En testimonio de cariño,
El Autor.

Coruña—25 de octubre de 1866.



PROLOGO.

El día de Todos los Santos, 1.º de noviembre del año de 185..., desde las dos de la tarde, todas las campanas de Madrid lanzaban al espacio fúnebres tañidos, que desde lo alto de las torres eran conducidos por un viento glacial hasta los mas apartados parajes de la coronada villa, anuneando las vísperas de ánimas en conmemoracion de los fieles difuntos.

La tarde era, pues, bastante desapacible, nublada, tétrica, mas propia del invierno que del otoño, y declinaba rápidamente con esa presteza con que declina en tal estacion, cuando un carruaje de alquiler, tirado por un caballo, hizo alto delante de las tapias del cementerio general del Norte.

El auriga, envuelto en un raído carrik de tres esclavinas, color gris en sus buenos tiempos, dejó la fusta, saltó del pescante, y, conservando puesto el sombrero sin galonear, abrió la portezuela á una dama que venia sola en el coche.

Aquella mujer, cuya fisonomia era imposible distinguir á causa del espeso velo que ocultaba sus facciones, bajó con lentitud dirigiéndose á la puerta principal del campo santo; pero, una vez en el umbral, se detuvo.

Era fácil adivinar que estaba hondamente contravida.

Fizo, al fin, un esfuerzo supremo y avanzó por medio de la multitud que invadia aquellos lugares de muerte, donde reina de ordinario el silencio solemne de las tumbas, y donde, el dia de que hablamos, se

elevaban al cielo los respuestas de los sacerdotes, las plegarias de las familias y los suspiros de cuantos tenían allí depositados los restos de alguna persona querida.

Y ¡contraste chocante! no faltaban, confundéndose este cuchicheo profano con el murmullo general, los dichos alegres, las frases galantes y hasta las citas de amor, precisamente en un sitio y en una ocasión en que la imagen aterradora de la nada debía de herir hasta á los espíritus mas superficiales.

La dama desconocida, cubierta de luto desde la cabeza á los pies, dirigióse con trabajo hacia un punto donde la muchedumbre parecia menos compacta. Aquel claro estaba tapizado de yerba, quizas regada por muchas lágrimas, y una cruz negra de madera indicaba el lugar de una humilde sepultura. Sobre el travesaño que formaba la cruz podia leerse aun esta sola palabra, trazada en caracteres blancos ya medio borrados por la intemperie:

MARIA.

Cuatro blandones de cera amarilla, marcando los ángulos de la huesa, ardian con trabajo combatidos por las ráfagas de aire que soplaban fríasimas de cuando en cuando; por lo demás, éste era el único recuerdo que tenía la huesa en cuestión, mientras en torno se veían sepulcros profusamente adornados con ramilletes de flores, coronas de siemprevivas, cuadros conmemorativos, imágenes, medallas, retratos, lámparas de gran precio y profusión de luces, algunos como una prueba de cariño, muchos como un alarde de vanidad.

Aquella palabra, aquel nombre, María, encerraba tal vez en sus cinco letras una triste é ignorada historia.

La enlutada se postró de rodillas ante la cruz de madera; en seguida sacó, de debajo del cumplido manton de merino que ocultaba sus formas, una sencilla corona de siemprevivas naturales, y la colocó con cariño sobre aquel símbolo de redención, inclinándose, tras esto, la cabeza sobre el pecho... Sin duda lloraba.

Una cinta de seda negra pendia de la corona, y en ella, estampada en góticos carac-

téres de oro, veíase esta dedicatoria casi tan la-
cónica como el epitafio: *Tu amiga Maria.*

Largo rato permaneció así la desconocida,
de rodillas sobre aquella tierra sagrada que
guardaba en su seno los restos de una ser-
amado, sin levantar la frente abatida por
dolorosos recuerdos; mas por fin, después de
media hora de rezo, meditacion ó llanto, ó
quizás de todo esto, se puso en pié y una
ráfaga mas fuerte que las anteriores desvió
una parte del velo.

Entonces, á la vacilante luz de los hacho-
nes, ya que no á la última del crepúsculo
que apenas perfilaba los objetos, fué dado
ver momentaneamente el rostro de la enluta-
da, que una mano larga, flaca y amarillenta
volvió á encubrir con sumo cuidado.

Era una horrible criatura aquella mujer
misteriosa: suponed un rostro escuálido, des-
colorido, sobre el cual formaban á modo
de una vastra red los hoyos producidos por
viruelas de las mas malignas; suponed una
cabellera crespa, de un tinte semi-encana-
do y semi-rubio, entremezclada de pelos
blancos, prematuros sin duda alguna; supo-
ned unos ojillos verdosos, hundidos en sus

cuencas, sin brillo como los de un cadáver; suponed todo esto, y tendreis una idea desgarradora, pero no aun completamente exacta, del busto de aquella **MARÍA** viva que acababa de ofrecer una corona amistosa á aquella otra **MARÍA** muerta.

Antes de marcharse imprimió, á traves del tupido tejido del velo, un beso prolongado sobre la lozana yerba, y otro no menos prolongado sobre la funeraria cruz, y hecha esta postrer despedida, salió del cementerio tan lentamente como habia entrado allí.

Con igual lentitud subió al carruaje de alquiler que la habia conducido, y que la estaba esperando; y al subir, con voz dulce, si, pero débil y tan triste como la de un moribundo, dijo al automedonte soberbiamente arrellanado en su pescante:

—¡Plazuela de Santo Domingo, número 10, corriendo!

El cochero chasqueó el látigo por cima de las descarnadas costillas del caballo, y éste, sin apretar por eso mas el paso, hizo rodar el vehículo en dirección indicada por la incògnita señora.

Bien pronto penetraron en Madrid por el portillo de Fuencarral, y, siguiendo la calle Ancha de San Bernardo, llegaron frente a la casa cuyas señas ya sabemos y en el tercer piso de la cual, cuarto interior, llamó y entró la dama.

.

Sin duda aquella tumba, además del cuerpo de una mujer llamada Maria, guardaba un penoso secreto, una lamentable historia; sin duda también aquellas dos Marias, de las cuales una pertenecía a la nada y la que quedaba parecía próxima a pertenecerle, habían representado los dos papeles principales en tan terrible drama.

Esto es lo que nosotros hemos tratado de averiguar con diligencia, y de descubrimiento en descubrimiento hemos llegado, por fin, a completar los cuadros de ese drama, los cuales ofrecemos en seguida a la justa curiosidad de nuestros lectores.

LIBRO PRIMERO.

LAS DOS MARIAS.



El castigo entra en
el corazón del hom-
bre ya desde que co-
mete el crimen.

RESIDUO.

LIBRO PRIMERO.

LAS DOS MAJAS.

El castigo en la
el castigo de la
las dos majas
en la historia
libro

CAPITULO PRIMERO.

Donde se dá comienzo pintando la felicidad del hogar doméstico.

Puentedeume es, sin disputa, una de las villas mas pintorescamente situadas de Galicia.

El Eume, el *Narius Fluvius* de los romanos, se desliza lamiendo los malecones de la que fué un tiempo capital de los estados de los condes de Andrade, para ir á desembocar en las tranquilas aguas de la ria de Betanzos, una de las tres que formaban el antiguo golfo ártabro.

Si se sigue corriente arriba, dejando atrás, hácia la derecha, la poblacion tendida en la falda del empinado Breámo, la torre feudal de Fernan Perez o *Bo* (el Bueno), el templo parroquial erigido por el entendido iuriconsulto y después arzobispo Rajoy, y al otro lado de la villa el famoso y larguísimo puente que el vulgo supersticioso creía obra del diablo, puente reemplazado primero con uno de madera y ahora con otro de piedra, la vista se recrea á derecha é izquierda con frescos paisajes que nada tienen que envidiar á los del Rhin, siempre verdes como los de nuestra hermana la Irlanda.

Escondida entre corpulentos castaños, todos ellos centenarios, algunos, tal vez, testigos de los terribles dramas de la edad media, había por los años de 184... una casita blanca, con ventanas verdes, tejado rojo y un pequeño jardín delante de la puerta principal, separado del camino de herradura por tapias tan blancas como la casa, á la cual desde la márgen del Eume habría un par de tiros de escopeta, y como una legua desde la mencionada villa.

Era una mañana de abril: el cielo estaba

azul, y sobre este purísimo fonde flotaban, á trechos bastante largos, nubes ligeras, de formas caprichosas, unas de la blancura de la nieve y otras del matiz de las lilas, empujadas suavemente por un airecillo primaveral, que hacia mecer, al mismo tiempo, las hojas de los árboles y los tallos de las flores, de donde caían á cada vaiven gotas de rocío tan cristalinas que se asemejaban á otros tantos diamantes; la naturaleza tenia, pues, una de sus mas encantadoras sonrisas para la bella estación.

Era, además, domingo: la campana de la parroquia rural convocaba á los fieles para el santo misterio de la misa, y por todos los senderos que conducían al atrio se veían grupos de aldeanos de ambos sexos y de diversas edades, ataviados con sus vestidos de fiesta, unos nuevos, usados otros, pero todos limpios; la campana hacía oír, á la sazón, el tercero y postrer toque, y los mas rezagados apresuraban el paso cuanto podían para llegar á tiempo.

Entre los últimos feligreses aparecieron en las revueltas del camino de herradura que ya conocemos, viniendo de la casita

blanca, tres personas que no vestían el traje de la aldea sino el de la ciudad.

La primera de ellas era un señor entrado en años, que podría contar próximamente cincuenta y seis, alto, de continente noble, de cabellos canos, todavía robusto, el cual se apoyaba en una caña de Indias como se apoyaba un joven, mas bien que como lo verificaba un anciano para mantener el equilibrio. Vestía un gabán de talle, color de castaña, abotonado hasta el cuello, pantalón negro y hongo claro. Sujeta á uno de los ojales se destacaba, sobre el tinte oscuro del gabán, la cinta encarnada de la orden de San Fernando. La levita abrochada, el bigote, blanco como el pelo, y además la cinta en cuestión, hacían presumir que aquel señor, de fisonomía bondadosa, era un antiguo oficial retirado.

La segunda persona de las que componían este pequeño grupo era una dama, también quincuagenaria, la cual, apesar de las injurias de la edad, conservaba aun vestigios de una hermosura que en los floridos dias de la primavera de su vida indudablemente habria sido de las mas no-

tables. La cabellera de aquella dama, aunque surcada de hebras de plata, ostentábase mucho mas negra que la del caballero que la acompañaba, y en el brazo derecho del cual ella dejaba descansar uno de los suyos, con ese cariño y ese abandono peculiares de una esposa, no con la simple familiaridad de una hermana. Iba envuelta en un cumplido abrigo de paño corinto, tenia la cabeza resguardada por una falla de encaje negro, y llevaba las manos y parte de los brazos abrigados dentro de un manguito de piel de gato montés. Una sonrisa hercúlea de dulzura vagaba á veces en los labios, rosados todavia como los de una joven, de aquella amable señora.

Constituian uno y otra, caballero y dama, una digna pareja, á la que no se podia mirar, ya desde los primeros momentos, sino con simpatia mezclada de veneracion.

Bella, sensible, llena de gracia, púdica como una sensitiva, era la jóven. ó mejor dicho la niña, que completaba el grupo: tenia rubia la cabellera cual las espigas en julio, blanca la tez cual las montañas en diciembre, azules como el cielo eran sus ojos, y

sus mejillas, rivales de la mas delicada rosa de aurora, cuando las coloraban las tintas encendidas del rubor añadian al semblante de la niña otro hechizo indescriptible, tal como únicamente ofrece el candor en la mujer, en esa dichosa pero ¡ay! breve edad de oro que se llama *los quince años*.

María del Carmen tenia por nombre, y sus padres, y todos los que la trataban, dábanle el mas dulce aun de Carmelita. La señorita Carmelita era una especie de Providencia para los pobres, ancianos, impedidos ó niños desvalidos, y hasta para los pájaros sin nido y los perros sin amo. Nunca faltaba para ellos, segun quienes fuesen, una pequeña moneda, una taza de caldo, un pedazo de pan, una prenda usada, ó bien una caricia y una sonrisa acompañadas de las migajas que rodaban sobre el mantel, ú otra cosa por el estilo; y cuando ningun alivio material podia darles, lo cual bien raras veces sucedia, con qué tristeza encantadora decia Carmelita, sintiendo húmedos sus ojos: «¡Pobrecitos! no tengo... ¡ay! ¡no tengo nada que daros!»

Así que, Carmelita Gutierrez (tal era el

apellido del viejo oficial obtenia los obsequios, los plácemes y las bendiciones, gratas á los ojos de Dios, la parroquia y de toda aquella comarca. ¡Tan contentos estaban los padres de la herosa niña, hija única, contemplando en el reunidas las gracias del cuerpo y las virtudes del alma! ¡Felices padres! Doblemente felices, por su amor, tan vivo entonces como el día en que habian recibido la bendición nupcial, y por aquel ángel que alegraba su existencia, que cerraria sus ojos y quebraria al pie de su tumba.

Cuando la presentans á nuestros lectores, Carmelita vestia en sencillez una bata gris y un abrigo negro, y anudado al descuido llevaba, segun costumbraa generalmente en Galicia las seoras que viven en el campo, un pañuelito de seda de la India, siendo el de ella fondo blanco con cenefa azul, por debajo del cual se escapaban, agitadas por la brisa de la mañana, las rubias crenchas envidia el sol que en aquel instante doraba la tierra. Caminaba Carmelita ora al lado de su padre, ora asida al brazo de su madre; á veces se adelantaba para

coger una flor de la pradera, corriendo alegremente como un joven corza. La dichosa pareja se sonreía; pero en seguida el señor de Gutierrez, queriendo revestirse de cierta gravedad que se le escapaba a toda prisa, pronunciaba estas parecidas palabras:

—¡Ah! ¡Carmela, Carmelita! no saltes así como una niña; ¡olvidas que hace ya ocho días que te has puesto de largo!...

La madre intentaba acudir en auxilio de la vacilante gravedad de su marido; pero tenía que afectar un acceso de tos, llevándose el pañuelo a la boca á fin de ocultar la sonrisa que sentía, como él, retozar sobre sus labios. Carmelita, por su parte, cesaba un rato de correr; y no podía menos de mirar con sentimiento, su vestido, que llegaba hasta el suelo, aquella cuarta de tela aumentada alrededor, ¡aquella cuarta de tela que tenía, en último resultado, la culpa de todo! ¡Ponerse de largo! ¡Ehonor de la verdad, debemos decir que Carmelita no conocía qué ventajas esto podría reportar, cuando le impedía saltar por la campiña, correr de planta en planta, de flor en flor, al modo de

las mariposas, cantar eras *tascas* (1), bailar en las *fuliadas* (2), s. en fin, dueña de sus inocentes acciones el las aves que cruzan libremente el espacio.

En la casa blanca prima al Eume reinaba, pues, la felicidad mas completa. El génio bueno, el hado propicio, el espíritu tutelar del hogar doméstico, como dicen los poetas, derramábala a á manos llenas. Todo era paz, todo alegi, todo prosperidad: sí, prosperidad, y eso le el señor de Gu-tierrez no tenia mas que su paga de retiro y unas cuantas fanegas de tierra. La madre de Carmelita poseia u corazon tan bueno como el de su esposo y, aparte de esto, una gran habilidad par toda clase de labores mujeriles y una disposicion no menos grande para toda suerte de confecciones culinarias; pero no habia heredado un céntimo, ni un terron, ni una ja. Con esto tenían bastante, mas aun, sorado. ¿Qué son, en efecto, las riquezas dea tierra, cuando nos faltan esas otras que provienen del cielo?

(1) Reuniones en las tales se espada el lino.

(2) Bailes públicos, pr lo general al aire libre.

Nada: muros de co que encierran en su recinto un hediondo muladar.

Otras dos personas eran partícipes de la felicidad que cobijaba la casa blanca.

Mari-Pepa, moetuda y colorada criada, de poco mas de carenta años, que se reputaba ya como de a familia, amasaba y cocía el pan, lavaba la ropa, cuidaba las aves, iba por agua á la fuente, fregaba, barria, ayudaba á cocinar, se multiplicaba, en fin, dia y noche, y siempre sonriéndose: ésta era la una de aqueas dos personas.

El tio Martin, ab, seco, forzado, próximamente de la edad del señor de Gutierrez, hacia oficio á la vez de hortelano, jardinero y fabricante de vic; dirigia la explotacion de la pequeña hacienda, tenia á su cuidado la vaca, los bueyes, los becerros, los cerdos, y, como si todo ell fuera poco, el caballo montañés que montaba nuestro veterano; era fiel cual pocos, como un perro, rivalizando en esta eselente propiedad con el mastin que rondaba la finca: hé aquí la segunda de dichas dos personas.

A tales amos, tales criados.

Debemos añadir que ambos, que habian

visto nacer á Carmelita, qua habian dormido en sus rodillas, que la han paseado en sus brazos, que observaban, o tras año, cómo crecia á la par en cuer, en bondad y en hermosura, la adoraban mensamente mas que á una cosa de este undo y muy poco menos que á un sér dcendido del cielo; de tal modo, que aquelladoracion, que sobrepujaba al cariño masendrado, escepto el paternal, rayaba, á veces en verdadera idolatria.

Volvamos á nuestros es personajes, que se dirigian á la misa.

Llegaron al atrio.

Entraron en el templ

A la saxon cruzaba epórtic) una señora asaz deteriorada por años, quizás tambien por los pesares, aque se conocia fijándose algo, que no paria de los cincuenta, si bien representaldiez mas. Iba vestida de rigeroso luto, mismo que una jóven, de dieciseis á diecho años, en cuyo brazo se apoyaba. Estjóven; blanca y rubia, pero no tan rubi y blanca como Carmelita, tenia los ojosarzos, rasgados, sumamente espresivos. crecia, en verdad, el

dictado de bella; pero su belleza era terrena, no ideal, no angelica, cual la de la otra niña, ni siquiera árabe, llena de fuego, como las de Andalucía.

Al divisar á las dos, el gozo se pintó en el rostro de los señores de Gutierrez, y Carmelita, radiante, alborozada, con el arranque mas encantador, se arrojó sucesivamente al cuello de la dama enlutada y de la jóven que le daba el brazo, exclamando:

—¡Doña Amalia! ¡Mercedes! ¡ah! ¡qué encuentro tan inesperado, pero tan feliz!

CAPÍTULO II.

El reverso de la medalla.

Doña Amalia se abia casado, cumplidos ya los treinta años con un comerciante catalan que habia vado á establecerse en Galicia, desde Tarragona, su patria, contando con un capital dearenta á cincuenta mil duros, empezado ganar en Montevideo y llegado á aumentar en Cataluña, á donde se apresuró á volver nuestro hombre tan pronto como pudo reur la tercera parte de dicha suma.

sus mejillas, rivales de la mas delicada rosa de aurora, cuando las coloraban las tintas encendidas del rubor añadian al semblante de la niña otro hechizo indescriptible, tal como únicamente ofrece el candor en la mujer, en esa dichosa pero ¡ay! breve edad de oro que se llama *los quince años*.

María del Cármen tenia por nombre, y sus padres, y todos los que la trataban, dándole el mas dulce aun de Carmelita. La señorita Carmelita era una especie de Providencia para los pobres, ancianos, impedidos ó niños desvalidos, y hasta para los pájaros sin nido y los perros sin amo. Nunca faltaba para ellos, segun quienes fuesen, una pequeña moneda, una taza de caldo, un pedazo de pan, una prenda usada, ó bien una caricia y una sonrisa acompañadas de las migajas que rodaban sobre el mantel, ú otra cosa por el estilo; y cuando ningun alivio material podia darles, lo cual bien raras veces sucedia, con qué tristeza encantadora decia Carmelita, sintiendo húmedos sus ojos: «¡Pobrecitos! no tengo... ¡ay! ¡no tengo nada que daros!»

Así que, Carmelita Gutierrez (tal era el

apellido del viejo oficial) obtenia los obsequios, los plácemes y las bendiciones, gratas á los ojos de Dios, de la parroquia y de toda aquella comarca. ¡Cuán contentos estaban los padres de la hermosa niña, hija única, contemplando en ella reunidas las gracias del cuerpo y las virtudes del alma! ¡Felices padres! Doblemente felices, por su amor, tan vivo entonces como el día en que habian recibido la bendición nupcial, y por aquel ángel que alegraba su existencia que cerraria sus ojos y que oraria al pie de su tumba.

Cuando la presentamos á nuestros lectores, Carmelita vestia con sencillez un bata gris y un abrigo negro, y anudado el descuido llevaba, segun acostumbra generalmente en Galicia las señoras que viven en el campo, un pañuelito de seda de la India, siendo el de ella fondo blanco con cerfa azul, por debajo del cual se escapaba, agitadas por la brisa de la mañana, las rubias crechas envidia del sol que en aque-
instante doraba la tierra. Caminaba Carmelita ora al lado de su padre, ora asida al brazo de su madre; á veces se adelantaba para

coger una flor de la pradera, corriendo alegremente como una joven corza. La dichosa pareja se sonreía; pero en seguida el señor de Gutierrez, queriendo revestirse de cierta gravedad que se le escapaba à toda prisa, pronunciaba estas ó parecidas palabras:

—¡Ah! ¡Carmelita, Carmelita! no saltes así como una niña; ¡olvidas que hace ya ocho días que te has puesto de largo!...

La madre intentaba acudir en auxilio de la vacilante gravedad de su marido; pero tenía que afectar un acceso de tos, llevándose el pañuelo à la boca à fin de ocultar la sonrisa que sentía, como él, retozar sobre sus labios. Carmelita, por su parte, cesaba un rato de correr; y no podía menos de mirar con sentimiento, su vestido, que llegaba hasta el suelo, aquella cuarta de tela aumentada al rededor, ¡aquella cuarta de tela que tenía, en último resultado, la culpa de todo! ¡Ponerse de largo! En honor de la verdad, debemos decir que Carmelita no conocía qué ventajas esto podría reportar, cuando le impedía saltar por la lampiña, correr de planta en planta, de flor en flor, al modo de

las mariposas, cantar en las *tascas* (1), bailar en las *fuliadas* (2), ser, en fin, dueña de sus inocentes acciones cual las aves que cruzan libremente el espacio.

En la casa blanca próxima al Eume reinaba, pues, la felicidad mas completa. El génio bueno, el hado propicio, el espíritu tutelar del hogar doméstico, como dicen los poetas, derramábala allí á manos llenas. Todo era paz, toda alegría, toda prosperidad: sí, prosperidad, y eso que el señor de Gu- tierrez no tenia mas que su paga de retiro y unas cuantas fanegas de tierra. La madre de Carmelita poseia un corazon tan bueno como el de su esposo, y, aparte de esto, una gran habilidad para toda clase de labores femeniles y una disposicion no menos grande para toda suerte de confecciones culinarias; pero no habia heredado un céntimo, ni un terron, ni una teja. Con esto tenían bastante, mas aun, sobrado. ¿Qué son, en efecto, las riquezas de la tierra, cuando nos faltan esas otras que provienen del cielo?

(1) Reuniones en las cuales se espada el lino.

(2) Bailes públicos, por lo general al aire libre.

Nada: muros de oro que encierran en su recinto un hediondo muladar.

Otras dos personas eran partícipes de la felicidad que cobijaba la casa blanca.

Mari-Pepa, moletuda y colorada criada, de poco mas de cuarenta años, que se reputaba ya como de la familia, amasaba y cocía el pan, lavaba la ropa, cuidaba las aves, iba por agua á la fuente, fregaba, barria, ayudaba á cocinar, se multiplicaba, en fin, día y noche, y siempre sonriéndose: ésta era la una de aquellas dos personas.

El tio Martin, alto, seco, forzado, próximamente de la edad del señor de Gutierrez, hacia oficio á la vez de hortelano, jardinero y fabricante de vino; dirigia la explotacion de la pequeña hacienda, tenia á su cuidado la vaca, los bueyes, los becerros, los cerdos, y, como si todo ello fuera poco, el caballo montañés que montaba nuestro veterano; era fiel cual pecos, como un perro, rivalizando en esta excelente propiedad con el mastín que rondaba la finca: hé aquí la segunda de dichas dos personas.

A tales amos, tales criados.

Debemos añadir que ambos, que habian

visto nacer á Carmelita, que la habian dormido en sus rodillas, que la habian paseado en sus brazos, que observaban, año tras año, cómo crecia á la par en cuerpo, en bondad y en hermosura, la adoraban inmensamente mas que á una cosa de este mundo y muy poco menos que á un sér descendido del cielo; de tal modo, que aquella adoracion, que sobrepujaba al cariño mas acendrado, escepto el paternal, rayaba, á veces, en verdadera idolatria.

Volvamos á nuestros tres personajes, que se dirigian á la misa.

Llegaron al atrio.

Entraron en el templo.

A la sazón cruzaba el pórtico una señora asaz deteriorada por los años, quizás tambien por los pesares, aunque se conocia fijándose algo, que no pasaria de los cincuenta, si bien representaba diez mas. Iba vestida de rigeroso luto, lo mismo que una jóven, de dieciseis á dieciocho años, en cuyo brazo se apoyaba. Esta jóven, blanca y rubia, pero no tan rubia y blanca como Carmelita, tenia los ojos garzos, rasgados, sumamente espresivos. Merecia, en verdad, el

dictado de bella; pero su belleza era terrena, no ideal, no angelica, cual la de la otra niña, ni siquiera árabe, llena de fuego, como las de Andalucía.

Al divisar á las dos, el gozo se pintó en el rostro de los señores de Gutierrez, y Carmelita, radiante, alborozada, con el arranque mas encantador, se arrojó sucesivamente al cuello de la dama enlutada y de la jóven que le daba el brazo, exclamando:

—¡Doña Amalia! ¡Mercedes! ¡ah! ¡qué encuentro tan inesperado, pero tan feliz!

CAPÍTULO II.

El reverso de la medalla.

Doña Amalia se había casado, cumplido ya los treinta años, con un comerciante catalán que había venido á establecerse en Galicia, desde Tarragona, su patria, contando con un capital de cuarenta á cincuenta mil duros, empezado á ganar en Montevideo, llegado á aumentar en Cataluña, á donde apresuró á volver nuestro hombre tan pronto como pudo reunir la tercera parte de dicha suma.

Llamábase el talcomerciante don Leandro Tremp, y en sus nocedades, rindiendo culto al dios del amor, como todos los mortales que no tienen alma de hielo y corazón de bronce, se apasionó de una muchacha de uno de los pueblecillos inmediatos á Tarragona, linda, pobre, pero en alto grado honrrada, hija de un agrimensor cuya salud alterada por un trabajo asiduo le impedía dedicarse durante meses enteros á la medicion de terrenos.

Rosa, que así se nombraba ella, correspondió al afecto del jóven Tremp; pero como este tenía, por única riqueza, el corto sueldo de dependiente de una casa de comercio, resolvió emigrar á la América del Sur por espacio de cinco años, á ver si lograba, poniendo en juego toda su actividad, todas sus relaciones y sus conocimientos todos, hacerse dueño de un pequeño capital, con el cual pudiera regresar á su ciudad nativa, desposarse con su niña adorada, y, una vez hecho esto, abrir comercio por cuenta propia.

¡Oh, sueños de la juventud! ¡Oh, sol de la esperanza! Todo lo damos por fácil y lo-

grado en los primeros años, y constantemente el porvenir nos sonríe, aun en medio de las mayores y mas repetidas defecciones. «¡No importa!» decimos recurriendo á esta frase sacramental de los españoles. ¿Que hay obtáculos?... Se salvarán. ¿Que hay de-sengaños?... Pues á comenzar de nuevo. Así que, la ilusion se mantiene siempre viva, hasta que la primera cana, y luego un gran número de ellas, nos avisa que la juventud ha terminado, que concluye la edad de las quimeras y principia la edad de las realidades, que son las dos épocas en que se divide la existencia humana.

Leandro y Rosa ya dieron, aun antes de comenzar á ponerlo en práctica, por consumado el proyecto. El achacoso agrimensor meneaba la cabeza con aire de duda; pero se guardó muy bien de derribar con el soplo de una palabra ó de una frase heladas aquel castillo de ilusiones, tan seguro como uno de naipes. Leandro partió, pues, á bordo de una corbeta mercante, en la cual iban otros muchos jóvenes igualmente henchidos de esperanzas, á cual mas halagüeña, como sucede á todos los que emigran

en busca del dorado metal, que tan al alcance se les figura del primer advenedizo, allá, en las playas del Nuevo Mundo.

La fortuna, esta deidad á la par voluble y esquiva, no lo fué para el jóven Tremp. Trabajó mucho, muchísimo, es verdad, pero siempre con el éxito mas lisongero. A los cinco años, dia por dia, habiendo venido en la mismacorbeta, desembarcaba en el muelle de Tarragona: la identidad de la fecha, la circunstancia del buque, le hacian creer á Leandro que tan larga ausencia habia sido un sueño; y mas aun cuando, al entrar en casa del agrimensur, se arrojó en brazos de este y de su hija.

El buen agrimensur habia envejecido mucho en aquellos cinco años; tanto, que ya no podia ejercer su profesion, y, por consiguiente, procurarse su subsistencia. Rosa bordaba para una tienda de modas de Tarragona: ganaba poco, es cierto, porque la mayor parte del tiempo se lo ocupaban los quehaceres domesticos. No obstante, hallaba medio de convenir á su padre de que la aguja producía bastante, lo necesario para vivir con alguna holgura, y, en efecto, esto

último era exacto. Pero ¿cómo? Del modo siguiente: Leandro enviaba una letra todos los trimestres, además de enviar una carta todos los correos. El agrimensor leía las cartas; mas no sabía una palabra de lo de las letras, porque Rosa, que no sin una gran repugnancia las había admitido como un regalo de boda anticipado, temía herir, y no sin fundamento, la esquisita delicadeza del autor de sus días.

Rosa también había experimentado variación: de hermosa se había vuelto hermosísima, de suerte que era perseguida con galanteos por cuantos solteros, y aun casados, tenían la dicha de verla y hablarla. Ella, siempre virtuosa, siempre constante, bajaba la cabeza en cuyas mejillas se pintaba el mas puro rubor, y contestaba tímidamente: «Caballero... no tengo el honor de conocer á usted.» Si insistían, Rosa entonces, encerrándose en una digna reserva, no pronunciaba otra palabra mas. Así, por lo tanto, cuando tenía que ir á la ciudad á llevar la labor acabada, la honrada jóven pasaba un rato amargo mientras la tartana que la conducía no llegaba al final de su carrera.

A los pocos dias de arribar al puerto de Tarragona, verificóse el enlace de Leandro y Rosa, realizando una de sus mas gratas aspiraciones. Pero ¡ay! cuando la felicidad se encuentra tan fácilmente, cuando empieza sin trabas y continúa sin alternativas, no suele ser de muy larga duracion. Al año escaso una fiebre tifoidea, de las mas malignas, que se habia desarrollado en Tarragona, arrebató, á la vez, al padre y á la hija. Solo se quedaba en el mundo don Leandro Tresp; y siéndole insoportables, desde entoncees, los parajes testigos de su felicidad desvanecida, decidió trocar las brisas del Mediterráneo por las tempestades del Atlántico, que tan bien respondian á la que bramaba dentro de su alma.

Eligió la Coruña, y en la capital de Galicia, habiendo convertido don Leandro Tresp todo cuanto poseia en títulos del 3 por 100, vivia oscuro é ignorado, no pensando mas que en su Rosa, tan temprano marchita, arrancada del tallo donde se alzaba lozana, por el huracan que mueve la muerte. ¿Quién le diria á él que al cabo de algunos años habia de dirigirse nuevamente al ara de hi-

meneo? Y, sin embargo, así sucedió. Tremp habitaba en una casa de huéspedes, que acababa de establecer una viudita verde, á la cual, como á don Leandro, no habian tampoco quedado hijos. La viuda propúsose, ejerciendo una obra de misericordia, consolar al triste, hacer esto con su colega. Don Leandro, que se sentia morir de tedio, se decidió á casarse con la señora de la casa como se decide uno á asirse á un clavo ardiendo, y ella y él contrajeron segundas nupcias.

El pobre Tremp creía así pasar menos mal el resto de sus dias.

Sonó la gloria

Despertó en el infierno.

La ex-viuda, es decir, doña Amalia, á quien ya conocemos, cesó de tener casa de huéspedes. Se habia casado con un hombre rico, es verdad, pero creyó que lo habia verificado con un Rothschild ó con un Salamanca, y tuvo tales exigencias de lujo, de viajes, de placeres, en fin, de todo lo que cuesta mucho dinero, que á pesar de que don Leandro Tremp se vió obligado á negociar de nuevo á fin de obtener mayores utilidades que las que le daban los títulos de

la Deuda, á los dieciocho años de tan desgraciado casamiento apenas contaban con cinco ó seis mil duros. Consumido á la par, por el desbarajuste de doña Amalia y por el recuerdo de la angelical Rosa, mas todavía que por el exceso de trabajo á que habia tenido que dedicarse, don Leandro acabó infelizmente sus dias, dejando una hija única, Mercedes, á la cual hemos oido nombrar por Carmelita.

¿Cómo la habia conocido ésta?

De la manera siguiente.

Doña Amalia, viendo que tenia que arreglarse mucho para pasarlo menos mal, porque en vida del mártir Tremp se figuraba que el capital que aquella estaba derrochando eran las ganancias conseguidas en el comercio, decidió retirarse á un pueblo donde pudiera vivirse modestamente, y donde, además, no la conociese nadie y no se le recordase nada, á cuyo efecto eligió á Puente deume.

Allí iban, con alguna frecuencia, los señores de Gutierrez; y como en poblaciones pequeñas todos se conocen y se tratan todos, no tardaron en tratarse intimamente una y otra familia, y la buena Carmelita fué

para Mercedes una de las mejores y mas cariñosas amigas, como que no tenia otra que tan bien se aviniese con sus años é inclinaciones.

Algunas veces, Mercedes pasaba unos cuantos dias en la aldea, en casa de los señores de Gutierrez, y otras Carmelita le pasaba en la villa, en casa de la viuda de Tresp.

Tal fué el origen de la amistad que reinaba entre ambas familias; amistad que se sostenia inalterable, porque doña Amalia, con la muerte de su segundo marido, habia perdido casi completamente aquellas aspiraciones que condujeron al mismo Tresp al sepulcro.

Para los señores de Gutierrez, lo mismo que para Carmelita, que no conocian mas que el final de tan lamentable historia, los efectos, pero no la causa, la ruina, pero no la mano que la habia impulsado, eran madre é hija dos personas simpáticas, queridas y merecedoras de toda su confianza.

Cuando se encontraron, tan inesperadamente, en el pórtico de la iglesia, doña Amalia y Mercedes iban á la casa

blanca, y, habiendo oído el toque de misa, decidieron asistir á ella antes de llegar el término de su pequeño viaje.

Ya saben, pues, nuestros lectores quiénes eran aquellas dos damas de luto, así como el motivo de la sentida exclamacion de Carmelita, al verlas, cuando estaba bien agena á tal visita.

Luego sabremos por qué doña Amalia y Mercedes hacian aquella visita.

CAPÍTULO III.

El proscripto.

El primer esposo de doña Amalia tenía un hermano, mayor que él, que había fallecido en la toma del puente de Luchana, delante de Bilbao, militando en las filas del Pretendiente.

Don Jorge de Mendoza, estos eran su nombre y su apellido, dejó huérfano y solo en el mundo á un hijo que se llamaba exactamente como su padre; pero que, andando el

tiempo, diferenciósse totalmente en punto à opiniones.

Es decir, fué isabelino.

Mas aun, fué exaltado.

En 184... se designaba con el nombre genérico de *exaltado* á los que profesaban ideas avanzadas.

Comprometido en una conspiracion descubierta por la autoridad, tuvo que ocultarse, en Madrid, donde Jorge residia habitualmente desde la muerte de su padre, á fin de librarse de la prision que le aguardaba.

Per como la policia desplegaba la mayor actividad, y todas las noches, al acostarse, aun cuando con frecuencia mudaba de escondite, Jorge preveia razonablemente que lo mas probable era pasar la siguiente en el Saladero, resolvió huir disfrazado de la coronada villa.

Dicho y hecho.

No hay como la necesidad, teniendo alguna sangre fria, para aguzar el ingenio.

Jorge partiò, pues, con direccion á Galicia, su pais natal.

No le abandonó la buena suerte, y en

todo el camino, bien es verdad que el suyo no merecia tal nombre porque anduvo por parajes ignorados, el proscrito no experimentó el menor contratiempo.

En las ventas pasaba por contrabandista.

Decia, por supuesto, si le preguntaban, que sino guardábase muy bien de aventurar ni siquiera una palabra, que se habia adelantado al convoy á fin de explorar el terreno,

—Ya verá osté, compare, le decia bajito al ventero, que bien de Dios que la cae por esta casa...

El ventere guiñaba el ojo izquierdo, como diciendo «comprendo,» y luego abria desmesuradamente los dos, cual si quisiera significar «¡caramba!»

El *caramba* que menos valiese, podia taserse en una onza: cada ventero se figuraba ya ver relucir las monedas, aprontadas por el conductor de los fardos.

Asi Jorge, bastante apurado de recursos, consiguió pagar en esperanzas mas de una comida y mas de una cama; de otro modo, hubiera tenido que pedir limosna antes de llegar á Galicia.

No entró, por precaucion, en la Coruña.

En los arrabales se informó diestramente del paradero de su familia, y supo que los únicos parientes que tenía, su tia política doña Amalia, y su prima mas política aun, Morcedes, se habian retirado á Puentedeume.

Punto por punto, para el objeto de vivir seguro, Puentedeume valia casi lo mismo que la Coruña.

En el primero, no habia policia, es cierto; pero, como poblacion reducida, no podria prolongar mucho el incògnito que le convenia.

En el segundo, habia policia, y esto no le gustaba; pero, en cambio, entre veinticinco mil individuos bien prodria uno pasar desapercibido.

Sin embargo, ¿qué iba á hacer él en la capital? ¿cómo subsistir? ¿cómo ocultarse?

No podia ser.

Sin amigos y sin recursos, elegir la Coruña era lo mismo que meterse voluntariamente en la ratonera.

Encaminóse Jorge, pues, á Puentedeume.

Doña Amalia, que le amaba, sea dicho en

honor de la verdad, y Mercedes que veía en él un héroe de novela, le recibieron con los brazos abiertos, como suele decirse.

--A lo menos, pensó Jorge, aquí podré estar tranquilo algún tiempo; y después... ¡bah! después, el mundo es grande.

Jorge tenía sus puntas y ribetes de filósofo.

La base, el símbolo, el resumen de su sistema, era éste: «tomemos las cosas como vengan y saquemos partido de las circunstancias.»

Era amalgamado, el tal Jorge, un *estóico* antiguo y un *cuco* moderno.

Al llegar á Puente deume, donde nadie le conocía, dijo que era sobrino de doña Amalia, que venía á pasar una temporada de recreo, que era comisionista de una fábrica de Cataluña, y no recordamos cuantas mentiras más.

Entre éstas la que él juzgó de mayor importancia fué inventar un nuevo nombre y un nuevo apellido: afirmó, pues, que se llamaba Carlos Tremp, de modo que su parentesco con doña Amalia lo hacía venir del desgraciado don Leandro.

Como no habia motivos para sospechar, todos creyeron, sin ponerlo un momento si- quiera en duda, las palabras de Jorge.

Jorge empezó á respirar á sus anchas.

Trascurrieron algunos dias, una, dos se- manas, y el jóven (Jorge contaría veintiseis años) vivia en medio de una paz que bien podemos titular octaviana.

Llegó á creer que se habian olvidado de él.

Y, como no tenia en que ocuparse, se dedicó á hacer el amor á Mercedes; por supuesto, por pasar el tiempo.

Mercedes, probablemente por pasarlo tam- bien, porque el proscripto efrecia un pobrí- simo porvenir matrimonial, le correspondió... ó figuró corresponderle.

Para mujeres de alma vulgar, sin que por eso deba enterderse mala, ¡es tan agrada- ble el tener un novio!

Figúranse así adquirir cierta importancia, mayor atractivo, y, además, lo cual no deja de causarlas una íntima satisfaccion sal- picada de orgullo, se dá envidia á las ami- gas.

Como no podia menos de suceder, atendi-

do lo angelical de su carácter, Carmelita no sintió tan ruin pasión; al contrario, se alegró como le alegraba todo lo que hacia sentir placer á su amiga.

Carmelita no sabia, ni queria saber, lo que era amor: fuera del de su padre, de su madre, de Mari-Pepa, del tío Martin y de la amiga que la habia proporcionado el cielo, la inocente niña no comprendia que hubiese otro cariño igual, no ya mejor.

Debemos advertir, para la veracidad de nuestro relato, que ni la hija de los señores de Gutierrez, ni estos, conocian al proscripto: Carmelita habia oido hablar de él á Mercedes, los señores de Gutierrez á doña Amalia, y hé aquí todo.

No estaba lejano el dia en que habia de verle; es mas, en que habia de hablarle; es mas aun, en que habian de habitar bajo el mismo techo.

Una mañana, el BOLETIN oficial de la provincia salió á luz publicando las señas y encargando la captura de don Jorge de Mendoza, comprometido en cierto complot con el hilo del cual habia dado la policia de Madrid,

y que, segun todas las probabilidades, se habia refugiado en Galicia.

En Puente deume todos se fijaron en el supuesto Carlos Tremp; pues una de dos, ó éste era aquel, ó, de no serlo, la semejanza no podia ser mas maravillosa.

Y, para completarla, decia la circular:

«*Señas particulares.*—Un lunar pequeño en el lado derecho del cuello, y otro en la sien izquierda, cerca del nacimiento del pelo.»

¿Debia haber duda?

La autoridad y el vecindario de la villa, á quienes este suceso habia puesto en movimiento, dedujeron desde luego que Jorge de Mendoza y Carlos Tremp no eran dos personas distintas y sí una sola verdadera.

Somos justos: los habitantes de Puente deume quisieran que Jorge se hallase cien leguas distante, no dando á la poblacion el espectáculo de un arresto y una causa que habian de terminar en el presidio de la Coruña.

La autoridad local no tuvo mas remedio que cumplimentar las órdenes superiores,

y, en virtud de ellas, decidió detener al llamado Carlos Tremp, hasta identificar su persona.

Pero Carlos, ó mas bien Jorge, olfateó que se trataba de alojarle en la cárcel hasta saber positivamente quién era; y como no le convenia que se supiera, buscó los medios de ponerse en seguridad.

Doña Amalia le indicó la casa blanca como un asilo sin par, pues nadie iria á sospechar del veterano oficial, y éste, por su parte, seguramente daria generosa hospitalidad á un pobre proscripto que se la demandaba.

Tal fué el motivo de la última ida de la viuda de Tremp y su hija Mercedes á la casa blanca: Jorge quedaba aguardando el resultado de esta entrevista en las revueltas de un bosque cercano, cuyos troncos añosos y espeso ramage le protegian contra la mirada mas perspicaz.

Por Pueatedeume empezó á cundir el rumor de que Jorge de Mendoza, pues ya nadie le señalaba con otro nombre, se hallaba camino de Portugal, á cuya frontera creia llegar sano y salvo, guiado por

un antiguo *cerbato* (1), que conocia à pal-
mos el territorio.

Escusado seria añadir que este rumor
se habia encargado el mismo Jorge de echar-
lo á volar con la mayor sagacidad, á fin
de desorientar á la policia.

(1) Nombre con que se designa vulgarmente
en Galicia á los que se dedican á hacer el contra-
bando por la raya de Portugal, sean de la comar-
ca que fueren.

CAPÍTULO IV.

Dos amigas.

El jòven Mendoza hallò en los dueños de la casa blanca la acogida mas cordial y el trato mas franco.

Los padres de Carmelita miraron á Jorge cual á un hijo mas, que les deparaba la Providencia; y Carmelita, la compasiva niña que no podia contemplar á sangre fria ni aun la desdicha mas ligera, la de un pajarillo perdido, le amó como amar pudiera á un hermano.

Hasta Mari Pepa y el tío Martín tuvieron para con el proscripto las mayores consideraciones, llegando el honrado *factotum* de la casa á jurar que, si alguien se atrevia á poner la mano sobre Jorge para prenderle, era porque él ya habria muerto defendiéndole.

—Todo ello ha sido una calaverada propia de la juventud ó hija de la inesperienza, decía de vez en cuando el señor de Gutierrez; y ya veremos cómo conseguir el indulto.

Jorge se hallaba, pues, como en el hogar paterno; mejor quizás todavía.

Los amores del proscripto con Mercedes tuvieron necesariamente que sufrir los efectos de la ausencia, esto es, intermitencias bastante largas, porque la señora y la señorita de Tremp no se atrevían á ir á menudo á la casa blanca, con objeto de cortar cualquier sospecha.

El joven, viendo todos los días á Carmelita, empezó á hacer comparaciones entre ésta y su amiga; y el resultado de tal paralelo fué que la hija de los señores de Gutierrez le pareció cien veces preferible,

no solo por la hermosura de su cuerpo, sino tambien por la belleza de su alma.

Como habia galanteado á Mercedes por pasatiempo, cual si dijéramos para entre- tener el *spleen*, la imágen de ella fué bor- rándose poco á poco para Jorge, reempla- zándola la de Carmelita, de aquella niña de- chado de todas las perfecciones, que estaba bien agena de apercibirse de la revolucion que se habia operado en el espíritu del amante de su amiga.

Jorge concluyó por adorar á Carmelita.

Cierto dia, ya hacia cerca de tres semanas que Jorge y Mercedes no se habian visto y hablado, la señora y señorita de Tremp fue- ron á la casa blanca: esta era la primera entre- vista desde que el proscripto habia abando- nado á Puente deume para ocultarse en mas seguro refugio.

Mercedes notó gran frialdad en su amante.

Herida, ya que no en su pasion, que era harto pequeña, en su orgullo, que era muy grande, la jóven aprovechó el primer momento favorable en que pudieran ha- blarse á solas, para pedir á Jorge cuentas de tal conducta.

Aquella frialdad ¿de qué podía provenir?

Mercedes pensaba, y pensaba con razon, que la única causa seria indudablemente el gustarle mas la hija de los señores de Gutierrez.

Quedábanle á Mercedes dos dudas, que bien podian reducirse á una sola.

¿Se declararia Jorge á Carmelita?

¿Le corresponderia Carmelita á Jorge?

Hé aquí lo que tenia que averiguar con la mayor sagacidad posible.

En cuanto á doña Amalia, habia vislumbrado alguna cosa de las relaciones de su hija; pero no sospechaba ningun cambio, ninguna alteracion en la conducta del joven Mendoza, lo cual, caso de hacerse cargo de ello, como Jorge no prometia nada ó casi nada metódicamente considerado, le importaria tambien nada ó casi nada.

La viuda de Tresp tenía el siguiente criterio para apreciar las personas y las cosas: «¿Vale? Pues entonces merece la pena.» «¿No vale? No hay, pues, por que incomodarse.»

Mercedes tenía el mismo fondo; pero sobre las tintas oscuras de este fondo se destacaba un amor propio de lo mas subido, y, además, los sueños dorados y los pensamientos fantásticos, propios de los primeros años, por materializado que esté el corazón.

Así que, hasta saber la verdad del caso, la joven estuvo intranquila; los minutos le parecieron horas y las horas se le figuraron años.

¡Cuán lento parece que se desliza el tiempo cuando uno es presa de la ansiedad!

Al fin, como todo llega en este mundo, llegó el instante deseado.

Carmelita y Mercedes se hallaron solas, Sobre la frente de la primera resplandecía la inocencia.

Sobre la frente de la segunda asomaba la tempestad.

La hija de la viuda de Tresp no acertaba cómo principiar.

—¡Oh! Mercedes, dijo su amiga, mi querida Mercedes, no sé qué de extraordinario noto en ti; ¿estás triste?

Y la canderosa niña alargó ambos brazos buscando los de aquella.

Mercedes no hizo el menor movimiento.

Carmelita se volvió pálida.

Los brazos que habia estendido hácia la enojada jóven tornaron á caer lánguidamente á lo largo del cuerpo.

En seguida, dos lágrimas silenciosas, dos lágrimas purísimas, ó mas bien dos perlas, desprendiéronse de los ojos y bañaron las mejillas de Carmelita, al modo de las gotas de rocío que se posan sobre la corola de las flores.

Hubo una pausa.

Mercedes miraba fijamente á Carmelita.

Carmelita lloraba sin mirar á Mercedes.

La amante, permítasenos esta palabra, de Jorge de Mendoza, habia dado al traste con la sagacidad y sangre fría con que se propuso averiguar la verdad.

Carmelita fué la primera que rompió el silencio.

Y, con voz ahogada, con acento desgarrador, en que se traslucía la mas completa inocencia,

— ¡Mercedes! exclamó, estás triste, sí, bien lo veo; pero ¿en qué he podido yo ofenderte para que me trates así?

La jóven meditó la contestacion.

—Atiende bien, Carmelita, le dijo despues de pensarlo un poco.

Carmelita, enjugándose las lágrimas, prestó atencion.

—¿Te gusta Jorge?

—Sí.

—¿Quieres á Jorge?

—Sí.

—Y él ¿te quiere á tí?

—¡Oh! creo que tambien... si, mucho.

Los ojos de Mercedes despidieron relámpagos de despecho, de odio, de todo lo que puede hacerlos brotar en una mujer herida en la parte mas sensible de su orgullo.

No conocia que las respuestas de aquella niña, desprovista de malicia, exhalaban candidez é ingenuidad.

Le gustaba Jorge... porque era bueno.

Quería á Jorge... como á un hermano.

Y ella juzgaba que el proscrito la correspondia de igual manera.

El espíritu maligno no dejaba, pues, ver claro á Mercedes.

Hubo otra pausa.

La cólera crecia y bramaba de cada vez

mas en el interior de la señorita de Tremp.

Por fin estalló, cual un volcan largo tiempo comprimido, y cuya lava corre ardiente é impetuosa.

—¡Ah! prorumpió Mercedes olvidando ya todo linaje de consideraciones, ¿conque tú, infame, desvergonzada, tú, que eres del primero que llega, tú, que te burlas de los compromisos mas sagrados, me has robado el amor de Jorge?...

La pobre niña no tuvo fuerzas ni para oponer una sola palabra: trémula, lívida, presa de una horrible convulsion, hubiera caído sobre el duro embaldosado de la sala de verano donde tenia lugar tal escena, si unos brazos amigos no la sostuviesen, depositándola, acto continuo, en un sofá de paja cerca colocado.

Aquellos brazos... eran los brazos de Jorge de Mendoza.

CAPÍTULO V.

Un alma en lucha consigo misma.

El proscrito, al atravesar de una estancia á otra, habia visto reunidas á las dos amigas, y, aguzado por la curiosidad, hizo alto, prestó oído, siendo testigo de la escena violenta que acabamos de describir, de pié, inmóvil y mudo en el umbral de la puerta de la sala.

Infinidad de pensamientos diversos cru-

zaron rápidos, cual ellos le efectúan, por la mente del jóven: el resto de aquel amor puramente de entretenimiento que profesaba á Mercedes, desvaneciósese como las últimas espirales de una columna de humo, arrollada por la fuerza del vendabal.

El naciente amor que el jóven sentia hácia Carmelita, la inocencia y sencillez de ésta, y la dureza del carácter, la injusticia de la acusacion, por parte de Mercedes, fueron el viento arrebatador de que hablamos.

Jorge, con los brazos cruzados, alta la frente, ardiente la mirada, enrojecido por la afluencia de sangre el rostro, parecia, sirviéndole de marco los batientes estriados de la puerta y de fondo la penumbra confusa del pasillo, una pintura debida á la enérgica fantasía de Goya.

Cuando Carmelita dejó caer, falta de valor para arrostrar tan punzante insulto, la cabeza sobre el pecho; cuando vaciló, cuando hubo perdido el conocimiento, cuando fué atacada por la convulsion, Jorge, avanzando resueltamente, interpuso sus brazos,

como hemos dicho, entre la jóven y el pavimento

Mercedes lanzo un grito, á la par, de sorpresa y de coraje,

Y, de encendida que estaba, se volvió descolorida como un cadáver.

Después de dejar tendida sobre el sofá á Carmelita, cuyos miembros agitaba, de minuto en minuto, ese estremecimiento característico de los ataques de nervios, Jorge se encará con la que habia sido su amante, diciendo así con voz sorda pero clara:

—¡Y bien! señorita, ahora estará usted satisfecha de su obra; se viene á una casa honrada, se ultraja á una niña pura, y luego... luego es logico reirse celebrando tal victoria. ¿Por qué, añadió el jóven fijando en Mercedes una aterradora mirada, por qué no se rie usted, señorita?

Mercedes, que se habia repuesto algun tanto de la primera impresion, afrontó sin pestañear aquella mirada.

—¡Ah! contestó recalcando todas las palabras, caballero, (y permítame que le dé este título puesto que usted me llama seño-

rita); caballero, si hay alguien que pueda estar de enhorabuena, es usted: se refugia en una casa honrada, se engaña á una joven virtuosa, y luego... ¡oh! luego es lógico reirse, como usted dice, celebrando hazaña tan grande. ¿Por qué, pues, no se rie usted como yo lo hago, caballero?

Y Mercedes, dicho esto, dibujó en sus labios una sonrisa forzada.

La batalla tenia lugar de gran potencia á gran potencia.

Empera, habia entre ambos una diferencia muy notable,

Jorge peleaba por una causa buena.

Mercedes combatia por una causa mala.

La justicia puede quedar momentáneamente eclipsada; y decimos momentáneamente, porque aun cuando fuera durante años enteros, un año es un instante en la existencia de la humanidad.

Al fin, la justicia llega á brillar.

El sol se eleva sobre el horizonte y alumbrá el mundo.

La justicia se eleva sobre la iniquidad y alumbrá las conciencias.

Jorge replicó:

--Señorita, todo ha concluido entre nosotros dos. Si no pronuncio el nombre de Mercedes, si no uso el tú de confianza, es porque usted no es ya la misma; la Mercedes que yo conocía ha muerto aquí (y el proscrito se llevó la mano derecha al corazón). Ahora bien, señorita: si para usted existe, dígame de parte mía que esa pobre niña, que yace sin sentido sobre el sofá, me ama como á un hermano; pero nada más. La que se titulaba su amiga ha interpretado del modo mas siniestro unas respuestas inocentes, en las que se reflejaba un alma tan pura como la de los ángeles, que no podía, que no puede comprender, porque hay muchísima distancia del cielo de la tierra á la santidad del cielo... ¡Dígaselo usted así, señorita!

Cada palabra de Jorge era como una puñalada para Mercedes.

La joven, empero, iba á intentar devolverle golpe por golpe.

—Todavía no he terminado, se apresuró á decir Jorge, ejecutando con la mano un movimiento que quería significar «calma, calma.» Jorge de Mendoza pidió y obtuvo hos-

pitalidad en casa de sus parientes: nada mas justo que éstos se la concedieran, y nada mas justo tambien que él, á fuer de caballero, les deba por esto un agradecimiento eterno. Jorge de Mendoza galanteó á su prima política como ha galanteado á muchas otras mujeres: pero creo que ni ella perdió nada, ni él empenó promesas, ni se le que-
ria mas que para hacer alarde de eso que se llama *tener novio*, porque para marido no se quiere al que es pobre.—Ahora, señorita, puede usted hablar cuanto le dé la gana.

Mercedes se mordió los labios.

El, al atacarla, habia puesto á cubierto los dos puntos que la jóven creia indefensos.

—¡Ah! no puedo, pensó la señorita de Tremp para sus adentros, no puedo con este hombre.

En consecuencia de esto, resolvió variar de táctica.

—Corriente, dijo en alta voz, repetiré las palabras de usted: caballero, todo ha concluido entre nosotros dos. Mi dignidad ofendida me impide cruzar otras espresio-

nes mas. Adios, señor de Mendoza, adios.

Y Mercedes, sin dársele nada por el estado en que dejaba á su amiga, dió unos cuantos pasos con direccion á la puerta.

—¡Oh! ¡no se vaya usted! exclamó Jorge ya en el colmo de la indignacion. Yo soy el que debe retirarse. ¿O quiere usted, corazon de mármol, que la calumnia que acaba de sembrar crezca, madure y fructifique? ¿Qué pensarían los señores de Gutierrez al ver á su hija desmayada, y á un hombre solo junto á ella?...

Mercedes no contestó; pero continuó andando.

El proscrito le cerró el paso.

—¡Atrás! ordenó con energia: usted ha provocado esta escena, y usted, por el nombre que tengo, usted ha de buscar el desenlace mejor posible.—¡Amar tal mujer! continuó Jorge con voz igualmente perceptible, pero cual si hablara consigo mismo. ¿Cómo ha de sentir una pasion grande y pura quien, como ella, se complace en cubrir de oprobio la frente inmaculada de su amiga, quien la ve padecer, y no la auxilia, quien la contempla inocente, y no la pide perdon?...

¡Atrás, señorita! atrás... ó no respondo de mí. Ahí, en el pasillo, quedo vigilando; y ¡ojalá no se enteren de nada los dueños de esta casa!

Dicho esto, Jorge se retiró de la estancia.

Carmelita seguía privada de sentido, calenturienta, agitada, estremecida...

Mercedes quedaba en completa derrota, calenturienta también, ensimismada en encontradas ideas.

La señorita de Trempe tenía el alma empalizada á gangrenar, es verdad; pero no la tenía gangrenada del todo. Así que, sentía, después que hubo recapacitado un poco, las primeras punzadas del remordimiento. El alma de Mercedes se hallaba, pues, en lucha consigo misma.

¿Vencerían las buenas ideas á las malas, ó éstas á aquellas?

CAPÍTULO VI.

La carta de Madrid y la carta de América.

Al salir Jorge de la sala de verano, en donde yacía la inocente Carmelita al cuidado de la gracunda Mercedes, no bien hubo andado una docena de pasos, cuando se encontró frente á frente con el señor de Gutierrez, el cual, al parecer, venia buscándole.

—¡Ah! ¡por fin! exclamó el antiguo oficial radiante de júbilo: querido Jorge, tengo muy buenas noticias que comunicar á usted.

¡Cuán ageno se hallaba aquel excelente padre de lo que habia ocurrido bajo el mismo techo, y del estado en que quedaba Carmelita, su hija adorada, *la alegría de la casa*, como llamaban todos á la hermosa niña!

El proscripto llamó en ayuda suya toda su sangre fria, para borrar las huellas que en el semblante y en la voz pudiera haber estampado la emocion, que de ningún modo queria que le denunciase.

Sin duda no lo pudo conseguir enteramente, porque el señor de Gutierrez aña-
dió, dando afectuosas palmaditas al jóven sobre el hombro:

— ¡Vamos, amigo mio, vames! valor y serenidad; ¿no le está revelando á usted mi sonrisa que las noticias de que hablo no pueden ser mejores?

Jorge dió, desde lo mas íntimo de su corazon, gracias fervientes al cielo: el señor de Gutierrez no habia sospechado otra cosa de la emocion que todavia oscurecia asaz el rostro del jóven.

El veterano oficial continuó:

— Se han recibido dos cartas, cada una

de las cuales, por sí sola, bastaría para devolver el buen humor al inglés mas taciturno, para cuanto mas á usted, jóven, robusto, bien parecido... pero ¡qué diantres! ¿pues no le estaba yo echando piropos?

Y el señor de Gutierrez soltó una franca carcajada.

Jorge, en medio de aquellos restos de emocion, naturalmente sintió una buena dosis de curiosidad; así que, rogó al padre de Carmelita que le informase de dichas dos cartas, si no eran para él, ó que hiciese el obsequio de entregárselas ó leérselas, caso de estar á él dirigidas.

—Para usted son, para usted, dijo el señor de Gutierrez; pero han venido abiertas, dentro de un sobre á mi nombre, y este es el motivo de haberme enterado del contenido de ambas.

El señor de Gutierrez, hablando así, había sacado de uno de los bolsillos de su gaban las cartas en cuestion.

—Hélas aquí, prosiguió; solo que, dijo jovialmente, impongo una condicion.

—¿Cuál? preguntó Jorge.

—Que, puesto que las noticias son tan

agradables, y nadie sabe una palabra hasta ahora sino yo, usted las ha de leer en familia. Vamos, pues, á la sala de verano, de donde usted viene y en la cual supongo quedarán las dos amiguitas, las dos inseparables, como aquí las llamamos. Haré venir á las mamás. Vamos...

Jorge entrevió un abismo abierto bajo sus plantas.

No bien repuesto de la emoción, la emoción volvía á apoderarse de su ánimo, á perseguirle, á aniquilarle, haciéndole sufrir uno de los tormentos mas horrorosos.

Pocos minutos habian trascurrido solamente desde su salida de la sala de verano, y, en tan breve espacio de tiempo, no era presumible que Carinalita pudiera recuperar el conocimiento á la par que la calma.

—Es preciso, se dijo á sí propio el proscrito, es indispensable cerrar el paso al señor de Gutierrez.

Pero ¿cómo?

Claro está que disuadiéndole de su idea.

Jorge no tenia, á la sazón, bastante domi-

nio sobre sí; sin embargo, conoció la necesidad de arrostrar por todo.

—¡Oh! señor de Gutierrez, dijo el jóven con un gesto que quiso disfrazar de sonrisa; primero, las mamás; después, las niñas.

—Nada, nada, insistió el viejo militar: quiero gozar de una gran sorpresa.

—Pero del modo que digo, repuso el jóven tentando el último esfuerzo, las sorpresas serán dos, y no menos grandes.

—¡Calle! ¡pues tiene razón! dijo el señor de Gutierrez; no habia ya caído en ello.

Y dió media vuelta, dispuesto á echar á andar en direccion opuesta de la sala de verano.

Jorge respiró con la fuerza de un fuelle.

Se habia salvado la situacion.

Se habia evitado la catástrofe.

El proscrito dió, otra vez, gracias aun mas fervientes á la Providencia.

Y á fin de que el señor de Gutierrez no tuviese tiempo de mudar de opinion, le asió familiarmente del brazo, alejándose con él hácia el aposento en donde debian de hallarse la madre de Carmelita y la madre de Mercedes.

Allí Jorge buscaría y encontraría medio de prolongar la lectura de las cartas, y los comentarios á ellas consiguientes, todo el mayor tiempo posible.

Tan preocupado estuvo hasta entonces el jóven, que no se dió á discurrir qué es lo que podrian anunciar la carta de Madrid y la carta de América.

Recobrado algun tanto su aplemo ordinario, el jóven se hizo interiormente esta pregunta:

—¿Qué será ello?

—La carta de Madrid, contestóse á si mismo con esa poderosa rapidez de una imaginacion exaltada, contiene probablemente mi indulto; en cuanto á la carta de América...

La carta de América era el nudo gordiano, que él no hallaba modo alguno de desatar.

La curiosidad le aguijaba de cada vez mas; pero, al propio tiempo, érale preciso dilatar la lectura.

Jorge estaba, pues, como quien dice, entre la espada y la pared.

—Sin embargo, pensó, la hidalguia debe vencer á la curiosidad: entre satisfacer ésta

y comprometer la paz doméstica, no es dudosa mi elección.

Y acortó el paso.

—Aprisa, amigo mío, aprisa, dijo al notarlo el señor de Gutierrez.

—Sí, es verdad, respondió Jorge; pero... la emoción...

En efecto, el joven no se hallaba, ni era posible, en su estado normal: lo que había pasado entre Carmelita y Mercedes, y después entre ésta y él, no podía olvidarse ni dejar lugar á la tranquilidad tan fácilmente.

Pero ya queda dicho que el señor de Gutierrez había traducido á su manera tal emoción

Esto es lo que había librado á Jorge de cualquier sospecha y de un fuego graneado de preguntas.

Al fin, entraron en la habitación donde se hallaban reunidas la señora de Gutierrez y la viuda de Tresp.

—¡Oh! querida amiga, decía entonces justamente la última, sí, Carmelita es un ángel y ama con efusión á mi Mercedes; pero Mercedes, lo afirmo sin la ceguera de madre, tiene también un corazón sensible y

corresponde con el cariño mas tierno á la amistad de Carmelita.

Harto distantes estaban las dos madres de presumir el drama cuyo teatro habia sido la sala de verano, y cuya última escena todavia no se habia representado.

Una nube de indignacion, que no duró mas que lo que dura el fulgor del relámpago, oscureció momentáneamente la frente del jóven.

—¡Ah! ¡ustedes aquí! exclamó la viuda de Tremp, volviendo la cabeza al percibir las pisadas del viejo oficial y del jóven prescripto.

—Sí, señoras, contestó el primero, nosotros en cuerpo y alma; nosotros, que traemos muy grandes, muy inesperadas y muy buenas noticias.

Y el señor de Gutierrez miró para ambas mujeres, una despues de otra, gozando de antemano con la sola idea de la sorpresa que experimentarían luego.

—¡Hay dos cartas! añadió; hélas aquí (y las mostró sin desdoblarlas), y se trata de nuestro excelente Jorge.

—Sí, se trata de mi persona, apoyó el

jóven; pero yo... yo sé tanto como ustedes, es decir, ni una palabra.

El veterano oficial alargó ambas cartas á Jorge, diciéndole:

—Pues bien: ya que ha llegado el momento, lea usted; pero hágalo en voz alta.

Tamó el proscripto una y otra carta, la de Madrid y la de América, y, como era natural, puesto que desde luego adivinaba el contenido de la primera, quiso empezar por aquella misteriosa que se le había dirigido desde Ultramar...

—¡No, no! apresuróse á decir el señor de Gutierrez; cada cual á su turno.

Jorge no tuvo mas remedio, por tanto, que leer en primer lugar la carta de la corte.

Hé aquí el contenido de ella:

«Sr. D. Jorge de Mendoza.

»Mi querido amigo:

»Principio por darte la mas cumplida enhorabuena. Al fin hété ya libre. ¿Lo dudas? Deja para otra ocasion tu carácter desconfiado. Adjunto vá un indulto exclusivamente alcanzado para tí, merced á la gestion en-

caz de una persona à quien no conozco, y á la cual, sin embargo, por habèrmelo así prevenido, dirijo la presente carta.

Bien sabes cuánto te aprecia este tu antiguo camarada de colegio. He hecho por tí lo que he podido, y me felicito del resultado. Da un apretón de manos, pero muy fuerte, á ese buen señor de Gutierrez, que yo no tengo el honor de tratar: los amigos de mis amigos lo son míos también, y al que acabo de nombrar le debes el mas precioso de los dones, la libertad. Estoy deseando saludarle personalmente.

»Mientras tanto recibe el cariño de tu hermano del corazón

»EMILIO, conde de Val.

»Madrid, etc.

»No te comprometas en mas complots y deja rodar la bola; así vivirás feliz.»

Efectivamente, el indulto, que venia dentro de esta carta, estaba estendido en toda regla.

Jorge, pues, no se había equivocado: podía dejar sin temor el lacógnito, abandonando el nombre supuesto de Carlos Tresp por el legítimo de Jorge de Mendoza.

—¡Oh! señor de Gutierrez, exclamó el ex-proscripto al acabar de leer la carta, estrechándole tiernamente entre sus brazos, ¿cómo podré pagar tantos y tan grandes favores?

—¡Bah! eso no es nada, contestó aquel ingénuamente, avergonzado cual si en realidad hubiera prestado un servicio de los mas insignificantes; usted, Jorge, nombraba á menudo á su consecuente amigo el conde de Val, y éste ha sido el motivo de suplicarle fuese mi agente; yo, amigo mio, queria darle una grata sorpresa, y hé aquí la razon de hacer que la correspondencia toda se entendiese conmigo; además, por si fracasaba la pretension, no era prudente descubrir el nido y esponer el pájaro... Pero, francamente, el señor conde me atribuye una gloria que no merezco: ésta pertenece por entero á algunos de mis antiguos compañeros de armas, cuya amistad no ha sido un vano ofrecimiento. Yo, concluyó el

señor de Gutierrez con la modestia mas natural el mundo, yo nada ó poco es lo que he hecho.

Entrambas señoras se hallaban poseidas de alegria.

La de la señora de Gutierrez era espontánea, salida del corazon.

La de la viuda de Tremp era calculada, producida por la cabeza.

Y la causa de ello era que, con respecto á Jorge, la primera le miraba como un hijo y la segunda le consideraba como una carga.

Dijimos, es verdad, que doña Amalia le amaba; pero ciertos cariños luego se enfrían: el de ella para con el jóven era uno de tantos.

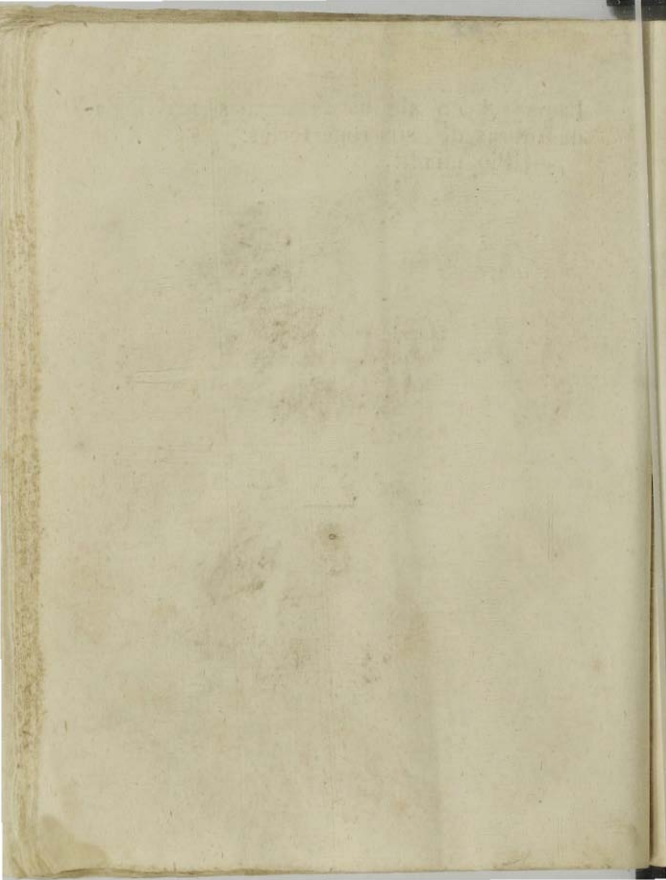
Vamos ahora á la carta de América...

En breves palabras, esta carta daba á Jorge la grata noticia de que era dueño de cuatro millones.

Doña Amalia abrió enormemente los ojos, se levantó, se entusiasmó, corrió hácia Jorge, y pasale ambos brazos alrededor del cuello, gritando con una entonacion que envidiarían Matilde Diez ó Teodora

Lamadrid en alguna de las mas privilegia-
das obras de sus repertorios:

—¡Hijo mio!!!



LIBRO SEGUNDO.

TODO CAMBIA.

Ama á tus ene-
migos y haz bien
aun á los que te
aborrecen.

SAN MATEO.

LIBRO DE REGISTRO
TODO CAMBIA

LIBRO DE REGISTRO
DE LOS CAMBIOS
HECHOS EN EL
BANCO DE ESPAÑA
AÑO 1870

CAPÍTULO PRIMERO.

Varias cartas cuya lectura es necesaria para la inteligencia de la narracion.

Nuestros lectores nos permitirán que, violando el secreto de la correspondencia privada, pero violándole con la mejor buena fe, les enteremos del contenido de las cartas que trascribimos exactamente á continuacion.

Nélas aquí:

CARMELITA A MERCEDES.

Casa blanca, 25 de mayo.

Mercedes.

Acabo de recibir, sin que nadie se enterase de esto, una carta tuya. En ella me dices que has sido victima de una alucinacion, que me has insultado, que me has calumniado, pero que no sabias lo que hacias. Añades que, no sintiéndote con valor bastante para solicitar mi perdón cuando recobré el conocimiento en tus brazos, te vales de la pluma y del papel para pedírmelo.

Concedido: no guardo rencor, ni nunca lo he guardado á ninguna persona, y, por consiguiente, no haré una escepcion contigo. Me felicito, como tú, de que nuestros padres no se hayan apercebido de nada; así se han ahorrado un no pequeño disgusto, una ruptura de relaciones y un alejamiento de familias. ¡Ah! Mercedes, dá, cual yo lo he hecho, mil y mil gracias al Señor.

Además de pedirme mi perdón, me pides mi amistad. Esto es otra cosa: no puedo ser ya amiga tuya. Si hubieras estado decentemente, continuaria llamándome tu amiga; mas aun, tu hermana. Pero, por desgracia, no te hallabas en tal caso, y temo

que otra alucinacion (como tú dices). otro arranque de celos... ó de lo que sea, me prepare una segunda escena no menos violenta; escena que quizá se divulgue, y que, como es natural, atente contra mi razon, la fama de mi casa y la salud de mis padres.

Hay, Mercedes, una categoria intermedia: la de conocida. De este modo cubriremos las apariencias, nadie sabrá nada, porque nada llegará á traslucirse, y yo, en lo íntimo de mi alma, no tendré mas que dos grandes pasiones, una del mundo, hácia mis padres, otra del cielo, hácia Dios. Dios y mis padres bastan para llenar mi corazon.

Puedes, por tanto, venir tranquila cuando gustes á la Casa blanca, como llaman á nuestra quinta en el pais. Nada encontrarás variado en ella para tí; nada, menos yo, y aun yo tan solo interiormente. Hasta te suplico que te dejes ver por aqui alguna que otra vez, con objeto de no dar ni el menor pábulo siquiera á la murmuracion.

Adios.

Tuya afectísima

Cármen.

MERCEDES A JORGE.

Puentedeume, 26 de mayo.

Mi inolvidable Jorge:

Si te amo (permíteme, por Dios, que te dé el dulce tú de la amistad y el amor), si te amo, bastará para probártelo la humillación por que voluntariamente paso, buscando tu perdón como acabo de buscar y obtener el de la inocente Carmelita.

Si: Carmelita me ha devuelto su amistad —Mercedes, como se vé, mentia descaradamente,—porque bien pronto conocí que todo habia sido un arrebató de celos, propio de la mujer que, como yo, ama con todo el fuego del primer amor. Uno de estos dias pienso ir á la Casa blanca, y allí, ella y yo, besándonos sellaremos de nuevo el pacto de nuestro puro afecto.

Tú, entre el torbellino de la corte, ¿te acordarás todavía de aquella Mercedes que tanto te adora? ¡Quién sabe! los hombres suelen ser ingratos, ó, cuando menos, olvidadizos. Y,, además, ahora tú eres un

gran señor y yo soy una pobre muchacha.

Jorge, si tú me desprecias, si tú me rechazas, mi corazón habrá muerto para el amor; pero ¡qué digo! dentro de mi alma siempre seguiré queriéndote. ¡Ah! juega y pierde tus millones á una carta, si es preciso que vuelvas á ser pobre para acordarte de mí.

Escribeme á la Casa blanca.

Tu siempre fiel amante

Mercedes.

JORGE A MERCEDES.

Madrid, 5 de junio.

Apreciable prima... política:

¿Sabes la historia de Ariadna?

Pues permíteme que te la refiera.

Ariadna, hija de Minos, rey de Creta, dió un ovillo de hilo á Teseo, con ayuda del cual, desenvolviéndole al entrar y guiándose por él al salir, logró penetrar felizmente en aquel fa-

meso laberinto; escusado es que te añada que el tal ovillo fue un regalo de amor.

Teseo, después de haber dado muerte al Minotauro del que el héroe debía ser presa, llevóse consigo á Ariadna, á la cual abandonó en seguida en la isla de Naxos, sin duda porque algo habria visto en ella que le hizo perder la ilusion.

Allí, con la mirada fija en el mar, aquella princesa lloró amargamente su dolor, dias y dias, meses y meses, y hasta creo que años y años; pero al fin se cansó de esperar, y ya no tuvo mas lágrimas ni mas suspiros.

Hízose Ariadna sacerdotisa de Baco, es decir, lo que se llama *bacante*: la órden no era muy estrecha, porque las mujeres que se consagraban al dios del vino vagaban desahogadoamente por valles y selvas, apenas cubiertas las carnes con una piel de tigre, coronadas de verdes pámpanos, con la copa espumosa en una mano y el tírso [simbólico en la otra, retozando con los faunos y los sátiros en los instantes en que no dormian la mona.

Mercedes, después de haber leído la his-

toria de Ariadna, seguramente me preguntará á dónde voy á parar.

Hé aquí, como si dijéramos, la moraleja, la aplicacion:

Tú, ó tu familia, que es igual, me habeis dado el hilo para salir del laberinto; mas claro, me habeis facilitado el escondite para escapar á la policia. Muy bien: estoy sumamente reconocido, y podeis abrigar la seguridad de que, en vuestro caso, me apresuraria á hacer otro tanto.

Yo, en pago, te dejé en Puente deume y no te traje á Madrid; pero, como Teseo, algo habré visto en ti que me causó desagrado, y no creo que el agradecimiento obligue hasta á pronunciar ante Dios y los hombres un sí sacrilego que murmurán los lábios, pero que no sale del corazon. ¡Bien sabes cuál es ese algo!

Ahora, Mercedes, segun tu carta que tengo á la vista, parece que lloras por mí como Ariadna en la isla de Naxos. ¡Bah! ya te consolarás tambien; con tanta mas presteza, cuanto que amas la riqueza de Jorge de Mendoza y no la persona de Jorge de Mendoza, y, así que pierdas completamente la espe-

ranza de que las redes que me tiendes pesquen aquella, ni siquiera te harás monja, como Ariadna se consagró sacerdotisa, sino que buscarás otro novio... rico, si puede ser, y en caso contrario aunque sea pobre para pasar el tiempo. He dicho.

¡Ah! no tal; se me olvidaban dos cosas.

La primera, es felicitarte por el perdón que te ha otorgado Carmelita; en ese rasgo verás que las almas grandes no juran á nadie venganza, ni aun al enemigo mas encarnizado.

La segunda, es advertirte que estás complacida en que te tuée; pero este tú ten presente que no es el dulce del amor, como tú dices, sino el prosáico de la confianza.

Adios: si te he visto no me acuerdo, Tu primo... que quizás te parezca impolítico,

Jorge de Mendoza.

P. S.—Vivo en la calle del Desengaño, para lo que gustes ordenarme.

Como se vé, amigo lector, la carta del

joven era, à la vez, una calabaza monstruosa
y una páliza mayúscula.

CAPÍTULO II.

El conde de Val.

El conde de Val, á quien los lectores ya han oído nombrar, era lo que se llama un corazón de oro, bueno hasta la abnegación, consecuente hasta el heroísmo; en fin, un hombre como hay, por desgracia, muy pocos.

Las personas superficiales, aquellos que no se fijan mas que en la corteza del árbol, pero no en su madera preciosa, en su sávia saludable, en sus hojas utilísimas,

aquellos achacaban al conde un defecto: la escentricidad.

Efectivamente, el conde era algo escéntrico.

Educado en Madrid con Jorge de Mendoza, habiendo sido camaradas de colegio, y desde allí databa la estrechísima amistad que mutuamente se profesaban, Emilio, conde de Val, pasó después con sus padres á Inglaterra, á causa de las vicisitudes políticas.

Hay una edad en la vida en la cual se graban en nuestra alma, pero se graban como imágenes indelebles, las impresiones que han de formar mas tarde el carácter, las creencias, el modo de ser, en resúmen, del hombre; y al decir de éste, entiéndase que queremos significar del hombre y de la mujer.

Esa edad es el tránsito de la infancia á la juventud; es la adolescencia.

El conde de Val habia pasado la adolescencia entre las nieblas del Támesis, adquiriendo, por consiguiente, todos los hábitos ingleses, entre ellos la escentricidad que se le reprochaba, una seriedad verdadera-mente británica y un *spleen* decididamente crónico.

El bueno del conde, á la verdad, con sus rasgos escéntricos, su seriedad y su *spleen*, no causaba mal á nadie; pero en este pais de los vice-versas, como denominaba el difunto Fray Gerundio á España, las escentricidades andaluzas se celebran, se aplauden, son elevadas hasta las nubes y aun mas allá, mas no suele suceder así con las escentricidades graves, peculiares á los hijos de Albion.

El personaje de que nos estamos ocupando era jóven todavia, algo mayor, empero, que Jorge: rayaria en los treinta años, en esa

funesta edad de amargos desengaños,

segun el verso tan conocido de Espronceda, y no era ni guapo ni feo, ni alto ni bajo, ni grueso ni flaco, ni moreno ni blanco; era un tipo que no tenia nada de chocante, que, á primera vista, ni magnetizaba ni repelia, pero en el cual habia, fijándose algo, un no sé qué de simpático.

El conde de Val era uno de los propietarios mas opulentos de Andalucia, pais donde hay tantos grandes propietarios: él no habia nacido, sin embargo, bajo el cielo casi africano de la antigua Betica; las auras del Guadalquivir, ni las del Guadiana, ni las del Genil, no fueron, pues, las primeras que aspiró al venir al mundo, sinó las muchísimo menos odoríferas del Manzanares.

El conde se conservaba soltero: una de las escentricidades que mas se le echaba en cara, era la de odiar el matrimonio y gustarle las mujeres; se entiende, las mujeres bonitas. ¿Será necesario advertir que las personas que hacian tal pertenecian exclusivamente al bello sexo? Desde luego se comprende. Por lo demás, escéuticos de esta clase los hay á millares, pero no se para la atencion en ellos; solo que serlo un conde, y además millonario, está considerado poco menos que como pecado mortal.

El palacio que poseia y habitaba en la corte ese ser tan privilegiado por la suerte y tan murmurado por la sociedad, particularmente por la que se arroga el epíteto de buena, era digno de un principe. No

habia allí, es verdad, amontonada riqueza sobre riqueza, deslumbradora á las miradas del vulgo, no: conocíase que el conde de Val era hombre de gusto, y así, el palacio en cuestion, era de una grandeza severa, elegante y al mismo tiempo sumamente costosa.

La servidumbre se componia de un portero mayor, dos ó tres subalternos, un maestresala, un mayordomo, un ayuda de cámara, un cochero, un groom, un jockey, dos cazadores, otros tantos postillones, un correo, un picador, un jefe de cocina, un repostero, media docena de mozos y una de lacayos, y, además, un jardinero, que habia hecho venir expreso de Paris, con su ayudante correspondiente.

Del palacio del conde de Val estaba proserito el servicio femenino: no tenia parientes, ni al menos no sabia que existiesen, y así, cuando algun amigo, ó mas bien conocido, porque el conde no tenia intimidad mas que con Jorge de Mendoza, no le acompañaba á la mesa, toda la familia reduciase al capellan, sacerdote venerable, al médico, jóven inteligente, y al

secretario, de mediana edad, que era como quien dice la cabeza y las manos del magnate.

El capellan y el médico eran españoles; pero el secretario era inglés, católico, aunque natural de Lóndres.

Acatando el precepto divino de que la mano izquierda ignore lo que la mano derecha dá, el conde socorria generosa y largamente cuantas miserias, cuantas desgracias, cuantos infortunios, en una palabra, llegaban á noticia de él y podian ser en-
dulzados con un puñado de oro; así que, como náda se traslucia, y el mayor disgusto del conde seria que se trasluciese, muchos, la inmensa mayoria, creian tambien que otro de los rasgos característicos de la escentricidad era la misantropia. ¡Ah! cómo se equivocaban!

El era para Jorge mas que un amigo, un hermano; pero un hermano cariñoso, un hermano complaciente... un hermano como hay pocos.

El jóven Mendoza no era ingrato: le pagaba en la misma moneda; e decir, le amaba cual á un hermano tambien, con esa in-

tensidad de afecto que solo puede tener su raiz en la infancia.

Empero, un abismo separaba á los dos.

Emilio era rico.

Jorge era pobre.

El primero, en mas de una ocasion, habia intentado echar sobre el abismo, para poner en comunicacion ambas orillas, el puente de la amistad; pero ¡ay! una faerza irresistible, el orgullo del segundo, habia tornado infructuosos los mayores afanes.

CAPÍTULO III.

El puente se echa.

No hay nada, en el globo que habitamos, á escepcion de la muerte, que no sea susceptible de una solucion mejor ó peor.

El conde de Val andaba, tiempo hacia, buscando un medio eficaz para hacer risueño el porvenir de Jorge; mas no se encontraba.

El orgullo del pobre tiene una fuerza prodigiosa; el de Jorge derribaba siempre, pues, el puente de que hemos hablado.

Cuando salió el joven huyendo de Madrid, no quiso aceptar, ni aun á título de préstamo, la cantidad mas insignificante.

A cada reflexión, á cada instancia que le hacia el conde, decia por única respuesta:

—Gracias, Emilio; tengo bastante.

Ya sabemos cómo llegó á Puente deume: sin un cuarto.

Enterado el conde, al fin, del paradero de su activo amigo, se dió á cavilar.

Los medios directos habian salido mal; así, pues, optó por los indirectos.

Pero ¿qué fábula inventaria?

El conde de Val pasó dias y noches encerrado en su gabinete, solo, sentado delante de una papelera de palo de rosa, que ya habia servido al padre de nuestro personaje, con los codos apoyados sobre el mueble y la frente reclinada sobre las manos.

De vez en cuando, se levantaba, daba unos cuantos paseos por la habitacion, silbando un aire de caza, y, al poco rato, volvía á sentarse, á meditar, á discurrir, inmóvil como una estatua.

A la hora de almorzar, almorzaba; á la

de comer, comia; á la de acostarse, se metia en el lecho... pero no nos atrevemos á asegurar si dormia toda la noche, ó pasaba en vela una gran parte de ella.

Lo que sí diremos, á fuer de exactos, es que para almorzar y comer salia del gabinete é instalábase en el comedor; el conde no queria alterar, ni en lo mas minimo, las rancias costumbres de su casa.

El capellan, el médico y el secretario se guardaron muy bien de aventurar observacion alguna acerca del aislamiento y preocupacion del conde; pero el jefe de cocina, notando cierto dia que habia dejado intacto un magnífico *plumpudding* confeccionado con legítimas pasas de Corinto, que era uno de los platos predilectos del amigo de Jorge, preguntó tímidamente:

—¿Tiene, al parecer, algun defecto para el señor conde?

El señor conde movió á derecha é izquierda la cabeza, en ademan negativo, que fué altamente satisfactorio para el jefe de cocina; pero no por eso probó el *plumpudding*, con el que se saborearon en silencio el ca-

pellan, el médico, y mas que ambos el secretario, por ser plato de su tierra.

Aquella misma noche, el conde de Val, de vuelta en su gabinete concluida la comida, se dió una gran palmada en la frente, exclamando como Arquímedes: «jeureka!»

Y una sonrisa de triunfo, la primera quizás de todo el año, dibujóse instantáneamente en los labios del conde.

Habia encontrado, pues, el medio indirecto que con tenacidad propiamente británica buscaba; y este medio él lo juzgaba infalible.

Entonces, descendiendo de las alturas de la imaginacion al camino trillado de la realidad mundana, se acordó de que habia comido muy poco, y, sobre todo, el *plumpudding* de pasas de Corinto representósele al conde comparable solamente à la ambrosia de los dioses,

En su consecuencia, ordenó al jefe de cocina que en el término preciso é irrevocable de sesenta minutos habia de estar otra vez la mesa puesta, la comida servida, y que un segundo *plumpudding* se presen-

taria en ella exactamente igual al primero.

Si alguna persona estraña, si alguno de esos conocidos, cuyo nombre y apellido ignoramos á menudo, pero que se titulan nuestros amigos, hubiera observado tal, es seguro que saldría diciendo á todos los que quisiesen escucharle:

—Señores ¡qué escentricidad! en casa del conde de Val se come dos veces seguidas, á una hora de intervalo, sirviéndose hasta las mismas cosas.

Y, sin embargo, nada mas natural: el conde no habia casi comido; tenia hambre, y queria comer; tenia dinero, y podia hartarse; le gustaba el *plumpudding*, ¿por qué habia, pues, de pasar sin él?

Hé aquí ahora el plan.

Jorge, y esto lo sabia perfectamente el conde, no tenia parientes ni siquiera amigos en el Nuevo-Mundo; pero ¿hay nada mas verosímil que aparecésele un pariente en la América del Norte ó en la América del Sur?

Esta era la base del plan en cuestion.

Partiendo de dicha hipótesis, el conde escribió á su administrador en Cadiz, mandán-

dole que siguiese al pie de la letra las instrucciones que le daba, y, por decontado, con el mayor sigilo.

El tal administrador lo era general de las posesiones de Andalucía, y con él se entendían todos los demás subalternos, cuyo número, teniendo en cuenta la inmensa riqueza del conde, necesariamente era bastante considerable.

En compendio, las instrucciones eran las siguientes:

1.^a Escribir una carta, figurando ser de un banquero de Cádiz, en la que se participaría al señor don Jorge de Mendoza que el corresponsal de la casa en Lima anunciaba el fallecimiento del señor don Juan Velazquez, tío en tercer grado del referido don Jorge, á quien dejaba, á falta de hijos, por único heredero de todo cuanto el y su padre habían ganado en el Perú, existente en metálico é importante cuatro millones de reales.

2.^a Reunir al punto esta cantidad, emplearla en letras sobre Madrid, y, una vez reunida y empleada, remitiría dichas letras al conde dentro de la carta de que queda hecho mérito, con otra rogándole que, si

por feliz casualidad conocia á don Jorge de Mendoza, como creia recordar, hiciese llegar á sus manos aquella herencia con la cual seguramente estaba bien ageno de contar.

El conde de Val no era hombre que formulase dos veces sus órdenes: á la primera fue obedecido, hasta en los menores detalles.

Emilio incluyó tan halagüeña misiva en la que llevaba el indulto del amigo á quien tanto amaba, y este habia sido el motivo de recibir Jorge, á la par, con sobre para el señor de Gutierrez como recordaran nuestros lectores, la noticia de su libertad y de su fortuna.

Jorge sospechaba la primera, pero no contaba con la segunda,

La una parecia cosa muy natural en la tierra.

La otra diríase que venia como llovida del cielo.

El conde de Val, al contemplar hecho ya millonario á su amigo, y que éste, maravillado, sí, pero sin sospechar la verdad de lo ocurrido, habia aceptado como buena

y legítima tal herencia, frotóse las manos á impulso del júbilo.

¡Al fin habia obligado á Jorge!

Ya era rico... ya era dichoso... el plan se habia llevado á cabo perfectamente.

O, lo que es lo mismo, el puente ya estaba echado.

CAPÍTULO IV.

Confidencias.

Por las cartas publicadas en el capítulo 1 de este segundo libro, los lectores han visto que Jorge de Mendoza se hallaba en la corte.

El joven negoció en la Coruña, para subvenir á los gastos de viaje, una de las letras mas pequeñas; y en seguida se puso en camino para la coronada villa, paraíso de tantos ensueños é infierno de tantas decepciones.

Pero al dar su adios á las poéticas márgenes del Eume, á aquella casita blanca donde habia sido recibido como un hijo, al despedirse de los señores de Gutierrez, y, sobre todo, de la bellísima Carmelita, el pecho del jóven pareció próximo á estallar.

Los señores de Gutierrez le habian abrazado llorando, y Carmelita, al tenderle tambien fraternalmente sus brazos, preguntóle con la mas viva emocion:

—Jorge, ¿verdad que no te olvidarás de la Casa blanca, que no te olvidarás de mis padres, que no te olvidarás de mí?

Como hermanos adoptivos que eran, los dos jóvenes se tuteaban.

Mari-Pepa, apoyada en su escoba, y el tío Martin, apoyado en su azadon, contemplaban igualmente la marcha de Jorge de Mendoza con lágrimas en los ojos.

Nuestro viajero, haciendo por dominarse, aparentando una serenidad que estaba bien distante de tener, saludó y abrazó á todos unos después de otros; pero al tocarle la vez á Carmelita, el abrazo del jóven fué algo mas prolongado que los que acababa de dar á los demás.

Y, al estrechar contra su corazon palpitante á aquella bella niña, á quien no le palpitaba menos el suyo, Jorge dijo:

—No, nunca daré al olvido á mis segundos padres (y el jóven dirigió una mirada á los señores de Gutierrez), á mis buenos amigos (y el jóven fijó otra en ambos domésticos,) ni á mi hermana Carmelita (y el jóven la miró mas que con cariño, mas que con amor, mas aun... con idolatria.)

En seguida añadió:

—Pronto volveré.

Jorge montó, por fin, á caballo, y en breve las revueltas del camino le ocultaron enteramente.

Tal momento fué terrible para él y para los habitantes de la Casa blanca.

Aquella noche nadie durmió tranquilamente en la quinta de las orillas del Eume.

Al llegar á Puente deume, Jorge no hizo mas que despedirse de su tia y de Mercedes, lo mas atenta, pero tambien lo mas políticamente que pudo: allí paró tan solo diez minutos.

Luego siguió á Betanzos.

Al día siguiente entró en la Coruña.

En esta última ciudad fué donde, según sabemos, negoció una letra pequeña, con cuyo importe pudo subvenir á los gastos de viaje y equipo hasta hallarse en la corte.

Una vez en la corte, Jorge fué corriendo al palacio del conde de Val, al que no le habia anunciado cuándo partia de Galicia; así es que el bueno del conde se vió agradablemente sorprendido.

Emilio y Jorge se abrazaron con tanta ternura cual el jóven Mendoza lo habia verificado al despedirse de la familia de la Casa blanca.

Jorge llegaba precisamente á la hora de almorzar, lo cual quiere decir que ambos se sentaron inmediatamente á la mesa, en compañía del capellán, del médico y del secretario, que le acogieron como á un antiguo amigo de confianza de la casa.

Hacia muchos días que el conde de Val no comia con tan excelente apetito.

A los postres el conde púsose en pié, con una copa de espumoso Champagne en la diestra, diciendo:

—¡Brindo por la salud y la prosperidad del nuevo millonario!

Jorge aceptó el brindis como bueno.

El conde, al pronunciarlo, habia ostentado toda la gravedad del mas grave lord; en cuanto al capellan, al médico y al secretario, como no estaban enterados del origen de la fortuna de aquel jóven al cual el conde saludaba con el nobilísimo título de *millonario*, felicitaron á Jorge con la mayor candidez, llegando el virtuoso capellan hasta á rezar en vez baja tres padre-nuestros por el alma del supuesto tio de América, asi que oyó que por el fallecimiento de este Jorge se veia rico.

Terminado el almuerzo, los dos jóvenes retiraron al gabinete del conde de Val, á saborear cada cual su correspondiente *regalia* de la Vuelta de Abajo.

Entre las bocanadas de humo, tuvo lugar entre ambo una animada conversacion, que nos apresuramos á poner en conocimiento de nuestros lectores.

Jorge fué el que primero hizo uso de la palabra.

—¿Sabes, le dijo á su amigo, que debes

MARIQUITA Y MARICON.

de aburrirte grandemente en este palacio tan grande, sin ver mas que caras de hombres, sin tener con quien compartir tus pesares, tus alegrías ó las dudas que te asalten?

—¡Pché! articuló el conde.

Y lanzó al techo, en tres tiempos perfectamente iguales, otras tantas espirales del azulado humo de una enorme bocanada.

—¿Per qué no tomas estado? ¿por qué no te casas? preguntóle Jorge.

—Ya sabes que detesto el matrimonio.

—Pero te gustan las mujeres.

—Eso es distinto: rindo culto á Cupido; pero no me acerco al ara de Himeneo.

—Y sin embargo, repuso Jorge, tu te hallarias muy bien casado.

Era que por la mente de nuestro jóven vagaba perennemente el recuerdo de Carmelita, la dulce imagen de la virgen del Eume, y aplicaba á los demás sus propios sentimientos.

El conde de Val se encogió de hombros.

Hubo un rato de silencio.

Los dos amigos chupaban á duo sus aromáticos puros, y el humo, producido por

dos bocas á la vez, simulaba en la estancia una nubecilla trasparente, que se iba estendiendo, leve, flotante, tornando indecisos los perfiles de todos los objetos.

Jorge fué tambien quien primero interrumpió la calma que reinaba.

—Emilio, querido amigo, dijo dando un golpecito sobre uno de los hombros del conde, ¡si supieras lo celestial que es estar enamorado!...

El conde, siempre sin abandonar su gravedad, hizo un gesto que queria significar: «bah, bah, bah!»

—¡Ah! tú no sabes, continuó Jorge, cuán dichoso es amar y ser amado, tener una compañera, verse consolar, verse reproducir, verse...

Interrumpióle una carcajada del conde, que dió al traste con su gravedad característica.

—Eso es decir, objeto el conde, que tú estas enamorado.

—Sí.

—¡Tú! tú, que eras tan voluble como yo; tú, que amabas á todos las mujeres... pero no te fijabas en ninguna.

—Yo, sí; ¿qué te pasa na?

—Nada, sino que, con tan mal ejemplo, empiezo á temer que me pueda suceder á mi igual desgracia. Cuenta, cuenta.

—Eseucha, pues, la confidencia que voy á hacerte, mi querido Emilio, dijo Jorge aproximando aun mas la butaca en que estaba sentado á la en que habia tomado asiento su amigo.

El conde de Val, sin dejar de fumar, prestó la mayor atencion.

CAPÍTULO V.

Confidencias.—Continuacion.

—En Puentedaume, comenzó Jorge, he conocido á una niña preciosa, bella como una hada y buena como un ángel.

—¡Descripcion de poeta! exclamó el conde.

—Es decir, en Puentedaume no precisamente, sino en una casa de campo cercana á la villa: chico, una quinta escondida entre los árboles, perfumada por las flores...

—¡Bravo! volvió á interrumpir el conde. Tocas perfectamente la tibia pastoril.

MARIQUITA Y MARICON.

—La ví, la amé, y su imágen encantadora no se aparta de mi pensamiento ni siquiera un instante. En todas partes y á todas horas se me aparece; pero ella no sabe que la amo como á una amante, piensa que la amo como á una hermana, y me corresponde tiernamente del mismo modo.

—Lo cual significa que no te has declarado todavía.

—No: temo hacerlo; temo mirar desvanecidos mis ensueños de color de rosa por una negativa de la niña ó por una repulsa de los padres.

—¡Vaya, vaya! dijo el conde arrojando el puro á medio fumar, sacando otro para sí y lo mismo para su amigo, encendiéndolo y chupándolo. Solamente has hecho las cosas á medias, caro amigo, durante tu permanencia á orillas del Eume.

Y, hablando así, lanzó al aire una inmensa cantidad de humo, producto de la primera combustión del aromático cigarro.

Jorge, por su parte, encendió la segunda regalia é imitó á su amigo, lanzando otra bocanada no menos grande, de suerte que ambos parecieron desaparecer por un momento.

El joven Mendoza prosiguió en estos términos:

—Ya te he dicho que ella me quiere cual á un hermano: ahora debo decirte que sus padres me aprecian como hijo, pero no sé si me apreciarán igualmente como yerno.

—¿Cuál es su nombre?

—Carmelita.

—¿Y su apellido?

—Gutierrez.

—¡Carmelita Gutierrez! exclamó el conde de Val parando momentáneamente de fumar, y fijando en su interlocutor una escrutadora mirada. ¡Ah! ¿es, por ventura, esa joven señorita hija de tus buenos protectores y amigos los señores de Gutierrez?

—Sí.

—¡Bah! diantre, si tienes rebozo y timidez, yo te serviré de embajador

—¿Tú?...

—Sí, amigo mío: sí, yo.

—Pero ¿quieres venir á Galicia? ¿hablas con toda formalidad?

—Por supuesto. Además, Jorge, en la carta que le escribí á ese excelente señor de Gutierrez, yo decia que estaba deseando sa-

ludarle personalmente. ¡Qué mejor ocasión, pues, que esta?

—¡Oh! ¡amigo mío! prorumpió Jorge arrojando el habano apenas empezado, levantándose del asiento que ocupaba, poseído de la mayor alegría, del reconocimiento mas grande, y rodeando con ambos brazos al cuello del conde. ¡Oh! tú eres mi genio bueno; sí, tú eres mi Minerva, que me ampara con su egida, mi... mi...

El joven Mendoza, agitado por el júbilo, apenas podia coordinar las palabras.

—Sí, dijo el conde, y tambien voy á ser tu Mercurio.

—Mañana nos ponemos en camino.

—¡No, chico, no! tales cosas no se hacen asíde sopetón. Dentro de un mes partiremos.

—¡Ah, Emilio! exclamó el enamorado revolucionario, ¡cuán largos me van á parecer estos treinta días! Pero, puesto que es preciso, me armaré de paciencia.

Y el amante de Carmelita exhaló un hondo suspiro.

El conde miró para él, sonriéndose contra su costumbre ordinaria y su estoicidad británica.

Sin embargo, en el fondo del alma del conde de Val pasaba algo de extraordinario, que el cuerpo pugnaba por que no saliese á la superficie.

Las palabras de su amigo le habían causado una impresión cual hasta entonces, *vividor de pura raza*, nunca había sentido.

Empezaba el conde á comprender que se hallaba mal solo.

Tener una dulce y virtuosa compañera...

¡Ah! estaba á punto de envidiar al joven Mendoza.

—¡Diablo! exclamó el conde como si hablara consigo mismo, y respondiendo á sus propios pensamientos; si me decidiese á tomar estado ¿dónde encontrar una compañera en el fondo de una aldea?

—Yo te la proporciono, dijo Jorge acordándose de Mercedes.

—¿Tú?...

—¿No quieres venir á Paentedeume?

—Si.

—Pues no hay mas que hablar.

Jorge quería devolver á Mercedes bien por mal.

LIBRO TERCERO.
EL ALMA Y EL CUERPO.

Durante la agita-
cion del alma, el ma-
yor tormento es la
inaccion del cuerpo.

ARLINCOURT.

LIBRO TERCERO
DE ALFAR Y ALFAR

Libro Tercero
de Alfaro y Alfaro
de Alfaro y Alfaro
de Alfaro y Alfaro

Alfaro y Alfaro

CAPÍTULO PRIMERO.

Mariquita.

Mercedes, sin mas noticias de Jorge, su antiguo amante, que las glaciales frases y la mas aun glacial despedida que daba á la señorita de Tresp en la epístola que nuestros lectores conocen perfectamente, seguia haciendo en Puente deume la vida acostumbrada, al lado, por supuesto, de la viuda del pobre comerciante.

Madre é hija iban de vez en cuando á la Casa blanca; pero Carmelita no iba ya, cual antes solia, á Puente deume.

MARIQUITA Y MARICÓN.

Los señores de Gutierrez las recibían como siempre, con el afecto mas sincero y el semblante mas amable: esteriormente, Carmelita las hacia igual acogida; dentro del alma de la hermosa niña no ardía, espero, la antigua y purísima llama de la amistad, que el arrebató de Mercedes había al pronto apagado.

A pesar de esto, cada semana que pasaba, Carmelita, tan buena como bella, se iba acordando menos de tal comportamiento; de modo que, teniendo en cuenta los excelentes sentimientos de la hija de los señores de Gutierrez, era fácil prever que no se hallaba lejano el día en que daría completamente al olvido el pasado, y hasta llevaría á devolver su cariño á Mercedes, si contemplaba que ésta, arrepentida como aparentaba estarlo, no daba ya motivo alguno para tal frialdad.

Carmelita sentía necesidad de amar: tenía el amor de sus padres, es cierto, pero notaba un hueco, un vacío, una especie de laguna que la inocente niña creía que bastaría á llenar la amistad... y ese hueco, ese vacío, esa especie de laguna databa solamente desde la

marcha de Jorge, y Jorge era el que podría hacerla desaparecer.

Bien que, Carmelita juzgaba amar á Jorge como á un hermano; aquel cariño, en honor de la verdad, era asaz ardiente para ser producido por el cariño fraternal, pero ella no tenía hermanos á quienes compararlo, y de aquí que equivocaba el nombre de la pasión que se había apoderado de todo su ser.

Jorge vivía ausente.

Mercedes estaba cerca.

Necesitaba Carmelita, pues, alguna persona á la que consagrar el cariño que rebo-saba en su pecho, y esta era la causa de que, conforme se deslizaba el tiempo, menor era la antipatía de un instante que la señorita de Trempe había despertado en el alma candorosa de aquella niña.

Tal era la situación.

Mercedes acordábase del ex-proscripto; pero se acordaba como de una cosa para ella perdida; la vanidad la había cegado y héchola desencadenarse contra su tierna amiga, y la vanidad, mayor aun cuando supo que Jorge era millonario, y que sus millones no

los guardaba para ella, la hizo verter algunas lágrimas.

A aquellas lágrimas fueron como aguacero de verano,

Luego se secaron... y no dejaron mas huella que la que deja el pájaro en el aire y el buque en el agua; es decir, ninguna, ni aun la mas minima.

Mercedes sentia, cuando lo pensaba, haber perdido tan ventajoso partido por una imprudencia que no podia menos de deplorar; pero llamó á la filosofia en su ayuda, y se consoló, no de un amor que no habia sentido, mas si de una proporcion que se le habia escapado.

La viuda hizo lo propio que su hija: acudió, como ella, á la filosofia, y se consoló.

Ma iquita, así la llamaban en Puente-deume, andaba á caza de otro novio; por supuesto, de otro novio (si era posible) millonario, y sino millonario, al menos lo suficientemente rico para abandonar la villa, residir en la corte, y dar en cara con su marido á Jorge, quien no habia vuelto á ocuparse de su prima política hasta que confió al conde de Val el secreto íntimo de su alma,

¡Brillar en la corte!

Esto se le habia ocurrido muchas veces á Mercedes, cual si el brillar en Madrid costara tan barato como el brillar en Puente deume.

En Madrid, aun los mas opulentos, solo brillan un momento á modo de metéoros, y aun eso arruinándose.

¡Oh ambicion! ¡Oh inesperienza!

Tal era la situacion de Mercedes, ó, como se la llamaba, de Mariquita.

CAPÍTULO II.

Maricon.

Una desgracia inmensa estaba pesando, á la sazón, sobre los hasta entonces felices habitantes de la Casa blanca.

Carmelita, aquella niña tan hermosa como buena, hallábase á las puertas de la muerte.

Yacia en el lecho del dolor, víctima de una enfermedad terrible, la viruela, que la habia atacado con fúria no acostumbrada.

El cutis, antes tan terso, la mirada, antes tan encantadora, la sonrisa, antes tan

dulce, todo desaparecia bajo una costra asquerosa, producida por pústulas de la calidad mas maligna.

Los señores de Gutierrez estaban aterrados; no hacian sino cuidar de la enferma y entregarse al llanto, en el cual les acompañaban el buen tio Martin y la excelente Mari-Pepa, que adoraban á Carmelita cual pudieran á una hija.

Al fin, la dolencia hizo crisis, y la pobre niña pasó de la muerte á la vida; pero ¿cómo pasó!

El carmin de las mejillas se habia trocado en una lividez cadavérica.

El azul de los ojos se habia convertido en un tinte verdoso.

La cabellera, envidia del sol, aparecia ahora áspera, de un matiz rojizo.

Y en todas direcciones del cuerpo de la infeliz Carmelita, pero principalmente, y para aumento de desgracia, en el rostro, veíanse largos costurones, profundas hoyos, deformidades de la piel, que ya no parecia la de una jóven sino la de una anciana.

Los quince años de la hija de los señores

de Gutierrez, esa edad tan florida, habian huido: Carmelita habia envejecido un cuarto de siglo en unos cuantos dias.

Su hermosura ya no existia.

Quedábale, empero, la bondad en ella innaia, que es la belleza del alma.

Al pronto, los padres no hicieron mas que dar las gracias al Altísimo, que les devolvía la prenda de sus entrañas, á la cual, casi locos por la pena, habian juzgado ya partida de este mundo.

Después, pasados los primeros trasportes, los señores de Gutierrez comprendieron que una desgracia se habia disipado, mas que comenzaba otra desgracia.

En honor de la verdad, para ellos, la segunda era infinitamente menor que la primera.

Carmelita, linda ó fea, siempre seria su hija muy querida, el consuelo de su existencia y el báculo de su vejez.

De tal opinion participaban tambien el tio Martin, y la hacendosa Mari-Pepa: fea ó linda, Carmelita siempre seria su señorita mimada, la que los amaba tanto y á la que amaban, en pago, con todo su corazon.

Cuando Carmelita se vió al espejo, esclamo asustada:

—¡Ay, mamá mis! ¡ay, papá mio! ¡qué horrorosa estoy!

Pero aquello pasó rápido como una exhalacion.

—¡Bah! no tardo en decir sonriéndose la inocente niña, recobrando mayor alegría á medida que recobraba mas fuerza; mis queridos papás, ustedes me idolatran lo mismo y yo idolatro igualmente á ustedes, Mari-Pepa me mimaba como antes, el tío Martín me complace como siempre, nada ha variado, pues, excepto mi cara: ¿qué mas puedo desear?

Cuando Carmelita volvió á la vida, al tener conocimiento de lo que pasaba en torno suyo, una de las primeras personas que vió fué á Mercedes; Mercedes, que llegó oportunamente, pero que no volvió á aparecer por allí hasta el completo restablecimiento de su antigua amiga, temerosa de que la atacasen las viruelas.

Esta accion, al parecer heróica, en realidad estudiada, creyéronla los señores de Gutierrez y su hija una prueba sin par de cariño; y así Carmelita, en un arranque de gra-

titud, se juró á sí misma, y luego se lo juró á la señora de Trempe, devolverle todo el inmenso afecto de que un tiempo habia gozado.

Mercedes se puso radiante de júbilo: miraba cumplido su deseo.

Carmelita no se puso menos: habia recobrado á su amiga.

Porpero, la señorita de Trempe no tuvo obra de mas prisa que hacer divulgar por Puentevedune, y por toda la comarca, esta frase envenenada:

—¡Qué horrible está Carmelita Gutierrez!

Por supuesto, esto se pone en evidencia.

Ella y su digna madre Angian indignarse cuando llegaba á oídos suyos tal exclamacion; pero en seguida se dieron maña á propalar esta otra:

—Quien tiene tan horrible el cuerpo, no puede tener muy bella el alma.

Y ¡oh miserable condicion humana! algunos, que debian á la infeliz Carmelita no haber perecido, ellos y sus hijos, victimas del hambre, formaron coro con los demás.

Desde entonces nadie conoció á la señorita de Gutierrez por Carmelita.

Primero, le llamaron *Cármén*.

Después, le llamaron *Maria*.

Mas tarde, cuando Mercedes, siempre lanzando dardos envenenados desde la sombra, halló el medio de que se estableciese un paralelo entre ella y su inocente amigo, las gentes ya no llamaron á Carmelita sino *Márcen*.

Solo en una casa seguia siendo la Carmelita de toda la vida: en la Casa Blanca.

—¡Bien! ¡bravo! exclamó doña Amalia fróntándose alegremente las manos; ahora, hija mia, que venga Jorge cuando guste, que vea, que examine y que compare.

CAPÍTULO III.

Ayer y hoy.

En nuestra existencia sucede una cosa parecida á lo que pasa en la naturaleza.

En ésta hay cuatro estaciones, que se reducen perfectamente á dos, á saber:

El buen tiempo.

El mal tiempo.

Unas veces el primero antecede al segundo y otras el segundo se anticipa al primero.

De igual suerte en nuestra vida hay dos grandes periodos, que son el *ayer* y el *hoy*; en cuanto al *mañana* pertenece únicamente á Dios.

Y, de igual suerte tambien que en la naturaleza, el ayer puede ser bueno y el hoy malo, ó vice-versa.

Esto es lo que sucedió á Carmelita y á Jorge.

El jóven Mendoza llegó á Puente deume en compañía del conde de Val.

La primera visita de ambos fué, como natural parecía, para la señora y señorita de Tresp.

Estas recibieron á nuestros viajeros con la amabilidad mas obsequiosa; sobre todo, después que Jorge, olviando rencillas pasadas, dijo refiriéndose al conde:

—Tia, le presento á V. el señor conde de Val mi excelente amigo.

—Prima, delante de ti tienes á un hombre que desea encontrar una esposa.

Doña Amalia y su hija Mercedes se inclinaron graciosamente, como solo saben hacerlo ciertos seres ante el reluciente *Becerro de Oro*.

Mercedes, además, experimentó gran alborozo interior, que se transparentó en una sonrisa de las mas encantadoras, al oir que el jóven Mendoza la habia llamado prima y la habia tratado de tú.

MARIQUITA Y MARICON.

Añádase á esto que la buena estrella de la señorita de Tresp la acababa de deparrar el hombre que ella habia soñado, título de Castilla, rico como un nabab, espléndido como un sultan, un hombre que se queria casar, y podrá formarse idea de tal alegría.

La viuda no se mostraba menos amable.

—Y ustedes, dijo doña Amalia, ¿piensan detenerse aquí mucho tiempo?

—Primeramente, contestó Jorge, vamos á la Casa blanca, á visitar á esos excelentes señores de Gutierrez; pero después, al cabo de seis ú ocho dias, seremos vecinos de esta villa quizás por un par de meses.

Madre é hija cambiaron una mirada de inteligencia y satisfaccion: los ojos poseen un lenguaje muy espresivo.

Jorge habia pronunciado las anteriores palabras con la mayor sencillez del mundo; sin embargo, no se le escapó la doble ojeada de que hemos hecho mérito al lector;

—¡Oh! exclamó Mercedes, querido primo, vas á encontrar á Carmelita totalmente cambiada.

—¿Cómo?... dijo el jóven Mendoza.

—Quiero significar, se apresuró á decir Mercedes, que acababa de leer, en una mirada de su madre, la órden terminante de dejar á Jorge en la ignorancia, y que sufriese con la sorpresa; quiero significar que Carmelita es ya toda una mujer machucha.

Y cubrió el sentido ambiguo de esta última palabra con una sonrisa que rebosaba sencillez é inocencia; de modo que Jorge, que no estaba en antecedentes, creyó que aludía á que la hija de los señores de Gutierrez iba, de dia en dia, siendo lo que se llama una mujercita.

El conde de Val se mostró con la señora y la señorita de Trempe casi sin *spleen*, lo cual solamente le sucedia de muy tarde en tarde.

Por su parte ¡qué de artificios femeniles emplearon ellas para empezar por captarse la buena voluntad del conde de Val!

Á la salida, díjole Jorge á su encopetado amigo:

—Caro Emilio, ¿qué te parece la muchacha que te proporcione?

—¡Qué! ¿es Mercedes?

—Sí.

—Me gusta, chico, me gusta... y creo que acabaré por casarme con ella, respondió el conde en tono de entusiasmo.

Al día siguiente ambos echaban pie á tierra delante de la Casa blanca.

Jorge, al contemplar el estado de la infeliz Carmelita, palideció azaz visiblemente.

El juzgó que el *hoy* era peor que el *ayer*.

Ella creyó que el *ayer* era inferior al *hoy*.

Aquello consistía en que la fealdad de Carmelita había matado el amor de Jorge, y en que la cándida niña, que estimaba únicamente la belleza del alma, figurábase que el joven Mendoza la había de corresponder con el afecto de antes.

¡Y ella comenzaba á conocer que le amaba de diferente manera y con mayor intensidad que se ama á un hermano!

¡Pobre Carmelita! ¡pobre ángel! ¡pobre mártir!

CAPÍTULO IV.

Una escentricidad del conde de Val.

Los señores de Gutierrez recibieron con los brazos abiertos, como se dice vulgarmente, al conde de Val y á su amigo Jorge de Mendoza.

Carmelita, radiante de alegría, se habia presentado con el rostro mas placentero; pero á Jorge aquel rostro y aquella alegría parecióle detestables.

—¡Oh! exclamó batiendo palmas la antes tan hermosa niña, mis queridos papás, Jorge nos ha cumplido su palabra. Habia dicho: «Pron-

MARIQUITA Y MARICÓN.

to volveré. • Pues bien, no ha tardado en regresar.

Tampoco tardó Carmelita en echar de ver que Jorge se mostraba con ella menos expansivo y mas reservado; y tal frialdad, que no esperaba ella, pobre inocente, apagó de golpe el fuego de la felicidad que habia empezado á sentir.

Y Carmelita corrió hácia un espejo.

Era la vez primera que la preocupaba la belleza material.

El espejo, con esa imparcialidad de las buenas lunas, pareció decir con su mudo, pero elocuente lenguaje, á la señorita de Gutierrez: «Eres muy fea.»

Carmelita lo comprendió perfectamente...

¡Lo comprendió, y, hallándose sola, rompió á llorar presa del mas terrible desconsuelo, porque no habia poder humano que la restituyese la hermosura perdida!

—¡Ay! murmuraba sollozando Carmelita, por eso no me hace tanto caso Jorge ahora como antes, ¡porque soy muy fea!

Las lágrimas le anudaban la voz en la garganta.

Los señores de Gutierrez no repararon

en tal cosa, pues su hija tuvo buen cuidado de ocultarles la pena que agitaba el alma de la infortunada niña, haciendo dibujar en sus labios una sonrisa que aparecía con trabajo.

Cuando el conde de Val se vió so'lo con su amigo, díjole á Jorge:

—Querido, ¿es ésta la beldad de que estabas tan hondamente apasionado?

—Mira, Emilio, contestó Jorge, cuando yo conocí a Carmelita era....

—Recuerdo perfectamente tus palabras: *bella como una hada y buena como un ángel.*

—Sí.

—¿Ha sufrido, pues, una gran transformación durante tu ausencia?

—Ya lo ves.

—De modo que de hada y de ángel, no queda á esa cándida niña mas que la segunda parte. Ahora comprendo las palabras ambíguas de tus parientas de Puente deume.

El conde permaneció un breve rato pensativo.

Después añadió:

—Jorge, ¿persistes en dar tu mano y tu apellido á la señorita de Gutierrez?

—¡Oh! nunca.

—Ya me lo presumía al ver lo glacial que has estado con ella.

—Pero, chico, ¿querías que me silbasen?

—Amigo mío, la hermosura ó la fealdad residen verdaderamente en el alma, mas nuestros ojos no las contemplan allí á simple vista. La hermosura ó la fealdad del cuerpo son flor de un día, al contrario de las del alma, que duran toda la vida. Así que, un espíritu bello embellece á la criatura mas horrible, y el aroma que exhala perfuma toda su existencia, aunque la cabellera blanca, aunque el cutis se arrugue y aunque se apague la mirada.

El jóven Mendoza soltó una burlesca carcajada.

—¡Ah, ah, ah! hé aquí el diablo predicator, exclamó.

—Como quieras, dijo el conde de Val sin alterarse; pero no por eso lo que acabo de exponer deja de ser una verdad de grueso calibre.

—Pues bien, Emilio, repuso Jorge, ¿por qué no te casas tú con ella?

—¿Con Carmelita?

—Sí: con Carmelita Gutierrez, recalcó el ex-proscripto.

El conde fijó en su amigo una mirada profunda.

—Tú, díjole, has clavado en el corazón de esa niña, tan digna de ser adorada, un puñal envenenado. Yo... (y el conde volvió á mirar á Jorge de una manera que le hizo bajar los ojos), yo retiraré el puñal, neutralizaré el veneno y cicatrizaré la herida abierta por tí.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, contestó el dos veces noble, por los pergaminos y los sentimientos; quiero decir, que estoy decidido á que la señorita de Gutierrez se titule la condesa de Val.

—Pero ¿lo has pensado á sangre fría?

—Mi resolución es irrevocable.

—Repara que esa luz que crees te iluminará siempre, es solamente una exhalación.

—No, Jorge, no, dijo el conde con un acento tal de convicción, que admiró á su amigo. Esa luz es la antorcha eterna de la virtud, que no cesará de lucir, porque se ali-

MARIQUITA Y MARICON.

menta del fuego del cielo, no da la fosforescencia del relámpago.

El joven Mentozza no supo qué contestar. Hubo entre ambos, pues, un rato de silencio.

Al fin, el conde de Val, mirando fijamente para su amigo, habló de esta manera:

—Mañana pediré la mano de la señorita de Gutierrez, si ella no me encuentra antipático.

—Hombre, saltó Jorge sonriéndose con lástima, encontrarte Carmelita antipático, eso sería el mundo al revés.

—No quiero perder tiempo, continuó el conde. Primero hablaré á la niña, después conferenciaré con los padres, y en seguida me casaré. Tú me has puesto en la senda del matrimonio; y ahora me empiezo á hallar bien, tras de repugarme tanto, yendo con fé por ella adelante.

Jorge le dejó decir y hacer.

Pero, dejando á su amigo en plena libertad despues de lo que habia predicado, ocupóse de si mismo.

—¿Me casaré yo tambien? se preguntó en su interior.

Mas ¿con quién verificarle?

Carmelita se habia vuelto horrible.

Mercedes era lo que se llama una mujer vulgar.

Además, cuatro millones merecian juntarse á otros cuatro... ó á otros ocho... ó á otros veinte. Para coronar la fiesta, como suele decirse, el demonio de la ambicion empezaba á tentar á nuestro joven.

Decidióse, en consecuencia, á buscar una rica y nobilísima heredera.

La Casa blanca le parecia una pocilga.

Puentedeume se le asemejaba á una aldea.

No veia en sus sueños de ambicion mas que salones dorados, blasones egregios, damas aristocráticas, criados lujosos y todo cuanto la vanidad ha podido inventar.

El conde de Val presentía ya que sus cuatro millones habian sido muy mal empleados.

CAPÍTULO V.

Declaracion, peticion y bendicion.

En efecto, como él habia dicho muy bien, la resolucion del conde de Val era irrevocable.

Todos los hombres de su temple de alma acababan por sentar la cabeza,

Quiso aprovechar la primera ocasion de hallarse á solas con Carmelita, y, al efecto, se levantó lo mas temprano que pudo.

A donde primeramente dirigió los pasos, fué al jardin,

Y ¡oh ventura! en el jardin estaba ya la

candorosa niña, cuidando sus flores y aspirando el aire puro de la mañana.

El conde de Val juzgó esto como un excelente presagio.

Acercóse, pues, á Carmelita.

—Señorita, le dijo, ¿querría usted hacerme el obsequio de escuchar unas cuantas palabras?

Carmelita no pudo por menos que mirarle sorprendida.

—Hable usted, señor conde, contestó; ya presto atención.

—Señorita, acabo de cumplir los treinta años, lo cual significa que soy joven todavía; tengo un título de Castilla y cien millones de capital; esto sé que importa poco para una mujer buena y desinteresada como usted. Creo que, sin ser un santo, no soy muy malo, y éste es un título infinitamente mejor que el mio de conde de Val. La virtud me es simpática, amo la belleza del corazón mas que la de la cara, y, en su consecuencia, la adoro á usted. Ahora bien, señorita, ¿me quiere usted á mi para llevarla á recibir la bendición nupcial?

Carmelita, que estaba bien agena de pen-

MARIQUITA Y MARICON.

sar en semejante declaracion á quema ropa, bajó la vista ruborizada.

—Pero, caballero... empezó á decir.

—Nada, nada, sí ó no, rehusó el conde.

—Yo...

—Usted, Carmelita, ha sido amada por Jorge cuando era mas hermosa que ahora; pero desde que una cruel enfermedad ha desfigurado ese rostro al cual anima un espíritu de ángel, Jorge la encuentra horrible, la rechaza, la abandona... porque Jorge no la amaba á usted de veras, señorita.

—¡Oh! hartó la conozco.

—Mi pasion, continuó Jorge, no puede ser mas pura, pues me atrae hácia usted el alma y no el cuerpo. Vamos, Carmelita, usted puede ser feliz, porque es digna de ello, y lo será. ¿Me acepta usted por esposo?

El corazon de la señorita de Gutierrez palpitaba violentamente.

La imágen de Jorge se desvanecía.

La imágen de Emilio se fijaba.

Habia hallado, pues, su bello ideal; un alma capaz de comprender y apreciar á la suya.

—¡Carmelita! exclamó el conde de Val cayendo de rodillas á los piés de aquella niña dechado de todas las virtudes; Carmelita, por tercera vez, ¿me acepta usted por esposo?

El acento del conde era trémulo.

Parecia un colegial haciendo su primera declaracion, mas bien que el hombre de mundo, galanteador como él lo habia sido, indiferente, como él lo habia sido tambien.

Carmelita, con voz apenas perceptible á consecuencia de la emocion, articuló el anhelado sí.

—¡Oh! exclamó el conde radiante de alegría, dentro de una semana se llamará usted la condesa de Val.

Estaba tan satisfecho cual si se desposára con una princesa, y con una princesa bellísima.

Aquel mismo dia el conde pidió la mano de Carmelita, que le fué concedida al punto por los señores de Gutierrez.

—¡Dios vela por nuestra hija! dijéronse á solas los dos escelentes esposos.

—Sí, apoyó el señor de Gutierrez, Carmelita ni es rica, ni es hermosa; no puede,

pues, ser objeto de ambicion, sino del mas generoso afecto.

—Es verdad, añadió la señora de Gutierrez, y además el conde de Val es de una de las familias principales, y cuenta su fortuna por millones; es, por consiguiente, un hombre de los mas virtuosos, pues busca solamente la virtud.

Ocho dias después se celebraba la boda.

Jorge de Mendoza brindó á la salud de los novios...

Pero habia en las palabras y en el acento del ex-proscrito, hecho rico por obra y gracia del conde de Val, no sé qué de burlesco, no sé qué de sarcástico, que al conde le costó gran trabajo no arrojarle una botella de Champagne á la cabeza.

Sin embargo, logró dominarse.

A contar desde entonces las relaciones amistosas entre los dos camaradas de la infancia se enfriaron completamente.

LIBRO CUARTO.
MARIQUITA Y MARICON.

El corazón es la última cosa que se desprende de la tierra, y la memoria lo postrero que se desprende del corazón.

DUMAS.

MARIQUITA Y MARICON.

LIBRARY OF THE
MARIQUITA T. MARION

THE
LIBRARY OF THE
MARIQUITA T. MARION
IS OPEN TO THE
PUBLIC
DURING THE
HOURS OF THE
DAY

MARIQUITA T. MARION

CAPITULO PRIMERO.

En la corte.

Era una tarde de últimos de mayo, y el Prado, ese célebre paseo de Madrid, estaba atestado de concurrentes á pié, que formaban la inmensa mayoría, á caballo y en carruaje.

Dos años habian trascurrido próximamente desde los acontecimientos que acabamos de narrar.

¡Dos años!

Veinte y cuatro meses, en la época actual, separan á una distancia enorme lo pasado y lo presente.

Hoy se vive al día, espresándonos en

lenguaje mercantil, que es el que mejor cuadra al siglo XIX.

En una de las vueltas, en el sitio destinado á los coches, pasaron, una hácia arriba y otra hácia abajo, dos carretelas descubiertas que bien merecen fijar nuestra atención.

Ambas eran igualmente lujosas.

Y en ambas veíanse sentados cuatro antiguos conocidos del lector.

En la carretela que venia, se hallaban el conde de Val y su esposa Carmelita.

En la carretela que iba, estaban el baron de Casa-Mendoza y su esposa Mercedes.

Jorge, al contemplarse con cuatro millones, juzgó que era de muy mal efecto llamarse Jorge de Mendoza á secas.

El demonio de la ambicion le seguía teniendo.

Solicitó y obtuvo, pues, un título de Castilla, formado del apellido de nuestro joven.

Pero, preguntará el lector, ¿cómo Jorge dió al fin su mano á la señorita de Tremp, en quien encontraba una mujer tan vulgar y á la cual habia dado un desengaño tan tremendo?

¡Ah! ¡misterios de la vida!

Mariquita, ó sea Mercedes, habia llegado á ser rica.

Un pariente de Tresp, y por consiguiente de Mercedes, habia fallecido en América; y á su fallecimiento dejó otros tantos millones próximamente como Jorge de Mendoza tenia de capital.

Por supuesto, dicho pariente no era imaginario, invencion del conde de Val, cual el de Jorge, sino real y efectivo; tan real y efectivo como los cuatro millones que dejaba en herencia, por falta de hijos, al pariente ó la parienta mas cercanos.

Doña Amalia habia muerto de repente, cerca de dos años hacía: la herencia fué, pues, para Mercedes.

Entonces Jorge, viendo el cielo abierto, como quien dice, aspiró á su mano... y á sus millones.

Pero la joven contemplaba con envidia á Carmelita, mas rica que ella, y además pobre, y no encontró aceptable llamarse señora de Mendoza á secas.

Ella, por su parte, aspiraba á un título.

Jorge no se dió por vencido: al fin y al cabo se tituló baron.

MARIQUITA Y MARICON.

Dióle, por consiguiente su mano la señorita de Tremp.

¡Ser baron con U!

Esto ya era distinto con *v* lo es cualquier hijo de Adam, nuestro criado, nuestro hortelano, nuestro limpia-botas.

Jorge y Mercedes juntaron un capital respetable, y se dieron buena prisa á derrocharlo en la corte.

Aturdieron á Madrid con fiestas de todas clases, bailes, cacerías, comidas, etc.; y para aturdir á Madrid hace falta mucho, muchísimo dinero.

Así que, en el instante que los presentamos á nuestros lectores, Jorge y Mercedes estaban acabando de gastar alegremente los dos últimos millones de su fortuna.

El conde de Val y su esposa acababan de llegar á la corte, después de hacer una escursión por Francia, Alemania é Italia, y pensaban ir á pasar el verano en la Casa blanca junto á los buenos señores de Gutierrez.

El encuentro, por lo tanto, de ambos matrimonios, no dejó de sorprender á uno y otro.

—¡Ah! ¡Mercedes! exclamó alboroz da Carmelita, saludando al pasar á su amiga.

—¡Ah! ¡Maricon! exclamó casi al mismo tiempo la baronesa de Casa Mendoza, en voz tan alta que se echaron á reir cuantos se hallaban al alcance de su voz.

Quiso decir «Carmelita;» pero, como Mercedes y Jorge, hablando entre ellos, acostumbraban á llamarla «Maricon,» se había equivocado.

El joven Mendoza soltó la carcajada como los demás.

La pobre Carmelita púsose pálida como la cera, y dejó caer el cuerpo y la cabeza, medio desvanecida, sobre los almohadones de la carretela.

El conde de Val clavó en su antiguo amigo, y á la sazón odioso adversario, una mirada aterradora.

Jorge soportó aquella mirada con el mas significativo desprecio, y sin bajar ni un momento la vista.

¡Oh! ¡Cuánto llegan á engreirse ciertas personas así que se juzgan superiores á las otras en talento, nobleza ó dinero! Sobre todo, en dinero.

El *Becerro de Oro*, con diferentes ceremonias, reciba ahora culto mas grande, tiene

mayor número de sacerdotes y adoradores, que en los tiempos de que nos habla la Biblia.

¡Miserable humanidad!

No parece sino que la sonrisa desdeñosa del revolucionario de antaño y aristócrata de ogaño, queria significar:

—Ya soy tanto como tú; de conde á baron, de título de Castilla á título de Castilla, no va nada.

Se equivocaba.

Entre ambos mediaba un abismo: el abismo de la corrupcion.

Emilio, con su pundonor, era infinitamente mas que Jorge con su depravacion.

El conde de Val hizo lo posible por contenerse.

Y, volviendo la cabeza, murmuró unas cuantas palabras al oido del cazador que ocupaba la zaga de la carretela.

El sirviente hizo un signo de obediencia, y bajóse acto continuo.

¿Qué palabras eran aquellas?

Hétas aquí:

—Ramon, habia dicho el conde de Val, apéate, no pierdas de vista la carretela que

pasa por nuestro lado, infórmate en que casa para y vénmelo á decir al pun'lo.

MARIQUITA Y MARICON.

CAPITULO II.

Duelo á muerte.

No bien acababa el conde de Val de regresar á su palacio. concluido el paseo, cuando el cazador llamó quedamente á la puerta del gabinete que servia de despacho al conde.

—¡Adelante! dijo éste sin alzar la vista de la mesa sentado á la cual se hallaba escribiendo.

El cazador entró en la estancia; pero quedóse respetuosamente en el umbral, dejando caer tras sí el portier blasonado.

Nuestro amigo Emilio escribía una carta.

Hubo un rato de silencio, durante el cual no se oía mas que el ruido de la pluma al destizarse por el papel.

Una vez terminada la carta en cuestion, el conde dejó la pluma en el tintero, la misiva en el bade, levantó la cabeza y púsose en pié.

Emilio tenia su aspecto acostumbrado.

Sin embargo, un observador profundo habria podido notar en aquel rostro, modelo de impassibilidad británica, un no sé qué de extraordinario.

No solo algo, sino mucho extraordinario, pasaba efectivamente en el interior del conde de Val.

—¡Y bien, Ramon! dijole al cazador, avanzando al encuentro de éste, ¿qué es lo que has averiguado?

—Traigo las señas de la casa, contestó el fámulo.

—A verlas, á verlas, ordenó rápidamente el conde, deseando, por segundos, saber el domicilio de Jorge de Mendoza.

El cazador sacó de uno de los bolsillos de su largo leviton verde, galoneado de oro, una cartera de tafete morado, y de dens

tro de ella un papelito cuidadosamente doblado en cuatro dobleces.

Tomólo el conde, ó mas bien arrebatólo de manos de su sirviente, desplegándolo al cogerlo.

Habia trazado un renglon con lápiz.

En aquel renglon se contenian las señas anheladas.

—¡Ah! ¡por fin...! exclamó el conde de Val con una sonrisa gozosa, pero gozosa al modo que sabe dibujarlas la venganza.

Y añadió en seguida:

—Que enganchen el tilbury, para dentro de cinco minutos.

Ramon saludó y salió.

El conde puso un sobre á la carta, y, hecho esto, apretó fuertemente el boton de un timbre, que produjo un solo vibrante sonido.

Esta era la señal para llamar al secretario, cuyo gabinete de trabajo hallábase contíguo, y á la sazón él en su despacho.

A ruido tan desusado, el bueno del secretario arrojó la pluma sobre la mesa, no parándose á colocarla en el tintero ó el limpia-plumas, hizo rodar una silla cargada de le-

gajos, derribó un velador encima del cual habia un servicio de té, y apareció allí sumamente sobresaltado.

—¿Qué sucede al señor conde? preguntó balbuciendo.

El conde estimaba muchísimo al secretario; pero verdad es tambien que el secretario quería hasta la abnegacion al conde.

—Corriendo, volando, dijo Emilio alargando la carta y las señas á su secretario; esta carta á donde indican estas señas; mi tilbury ya debe de estar enganchado.

—¿Aguardo contestacion?

—No.

—Está bien.

Y el secretario dió media vuelta para ir á cumplir la mision de qué le habian investido.

Pero el conde de Val le llamó.

—Una palabra aun. Si el señor Baron de Casa-Mendoza pregunta por mis testigos, es preciso decirle que usted está encargado de arreglar las condiciones.

—¡Ah! esclamo el secretario sorprendido y contristado á la vez, ¿el señor conde vá á batirse?...

—Sí.

—¡Dios mío!

Y el excelente empleado se tornó horrorosamente pálido: tanto era el afecto que profesaba á Emilio.

—Mañana, al amanecer, donde guste y al arma que quiera, dijo el conde, tiene que realizarse indispensablemente ese duelo. He dicho.

El secretario conociale muy bien.

Así que, no repuso una sola palabra, yende á ventilar tan triste negocio.

Dos horas despues estaba de vuelta.

El conde de Val habia comido con su tranquilidad habitual y su apetito acostumbrado, y así, pues, nada pudo traslucirse para Carmelita del asunto de que hablamos.

—¿Qué hay? preguntó el conde.

—El señor baron de Casa-Mendoza, dijo el secretario, se ha reido grandemente de la pretension de V. E....

—¡Miserable!

—Pero, viendo que habia empeño formal en que se realizase este lance de honor, concluyo por aceptar.

—¿Con qué condiciones?

—¡Vaya y atienda!

—Con las siguientes. «Dígale usted al señor conde, me contestó el adversario de V. E., que mañana al amanecer le devolveré la carta que acaba de escribirme, convertida en tajo de una pistola; añádale usted que se la meteré en el corazón, junto á la venta del Espíritu Santo, á quince pasos de distancia.» ¡Esto quiere significar, dijo el secretario, que se trata de un duelo á muerte!

—Sí, de un duelo á muerte, repitió el conde de Val con entereza, notando la profunda emoción de su empleado de confianza. Es preciso que uno de los dos deje de existir.

—¿Tiene el señor el conde algo mas que ordenarme?

—Nada por ahora; pero no se separe usted de su escritorio.

El secretario hizo un signo de aquiescencia, y salió.

Quedóse Emilio solo otra vez en el gabinete que ya conoce el lector.

No quiso perder tiempo.

Tomó el sombrero, subió á un coche, y se dirigió á casa de su notario, á fin de disponer

lo mejor posible las cosas de este mundo.

En seguida el conde de Val regresó á su palacio,

Una vez allí envió un recado al capellan, diciéndole que deseaba hablarle al punto. El capellan corrió al gabinete del conde con cuanta ligereza sus años le permitian.

—Padre mio, le dijo Emilio, mañana voy á correr un grande riesgo, y necesito la bendicion de usted.

El sacerdote estendió estendió ambas manos sobre la cabeza del conde de Val, diciendo al propio tiempo:

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espiritu Santo, hijo, yo os bendigo.

Y le abrazó.

—Si mañana á mediodia no estoy de vuelta, continuó el conde, suplico á usted que abra este secreto (y se lo mostró) y saque de dentro dos pliegos cerrados, los dos con sobre para mi esposa. Antes de retirarme á descansar ya los dejaré yo colocados.

—Bien está: se hará así como el señor conde lo desea.

—¡Oh! ¡gracias!

—¿Puedo ya retirarme?

—Sí, señor.

El capellán se retiró.

No había preguntado qué riesgo era aquel, porque conocía perfectamente el carácter reservado del conde.

Antes de acostarse, Emilio dejó colocados los dos legajos en el secreto de que hemos hablado.

El primero era su testamento, que aquella misma noche le trajeron de parte de su notario, cuidadosamente empaquetado.

El segundo era una carta para la desgraciada Carmelita, bien apegada de creer que el conde se hallaba sobre el cráter de un volcán.

En el testamento, no teniendo herederos forzosos, el conde de Val legaba toda su inmensa fortuna á su esposa.

La carta decía así:

«Querida esposa:

«Cuando recibas la presente, yo habré dejado de existir á manos de Jorge de Mendoza, lidiando en pro de tu honor, que es el mío.

MARIQUITA Y MARICON.

»En tus horas de oracion, acuérdate del pobre Emilio, que morirá bendiciéndote; y eleva á Dios y á su purísima madre la Virgen Maria preces por mi eterno descanso.

»Al estar escribiendo, me asalta un presentimiento: figúraseme que sobreviviré.

»Si la suerte de las armas me escontraria, ¡adios, Carmelita, ¡adios hasta el cielo!
—Tu esposo que te idolatra,

•EMILIO. •

CAPITULO III.

Dos tiros y ninguno perdido.

A la hora prefijada, el conde de Val estaba en el lugar del combate, acompañado de sus dos testigos, que eran el médico y el secretario.

Habia ido hasta allí en una berlina de camino, propia del conde; pero sin blasones y solo con unas simples iniciales en el pescante y en ambas portezuelas. Los sirvientes no vestían librea.

Carmelita dormía tranquilamente cuando el conde abandonó el lecho nupcial: así que, deslizándose y vistiéndose con el mayor si-

lencio, después de estampar un leve beso sobre los labios de su esposa, salió de la estancia, luego del palacio y por fin se halló en el punto de la cita.

Apesar de la estoicidad que le era habitual, que estaba en la masa de la sangre de Emilio, éste no pudo reprimir un suspiro ni detener una lágrima.

Pero aquello pasó instantáneamente.

El alma del conde tenía un temple de acero.

El secretario estaba triste, muy triste, y de este sentimiento participaba el joven facultativo, el cual, por lo que pudiese ocurrir, había colocado en el carruaje un botiquín completo.

El señor baron de Casa-Mendoza, ó sea nuestro conocido Jorge, hizose esperar un largo cuarto de hora; pero disculpóse de tal tardanza con una frescura, una jovialidad, una sangre fría tan fuera de lugar, que contrastaba chocantemente con la gravedad de la situación.

—Figúrate, *mie caro*, dijo Jorge dirigiéndose al conde de Val, que estos señores (y señalaba á sus testigos) y yo hemos pasado

gran parte de la noche en casa de Llardy, cenando alegremente en compañía de tres bailarinas del Teatro Real, que pertenecen al género delicioso...

Los testigos del baron de Casa-Mendoza, que eran dos *dandys* de esos que viven sobre el país, como suele decirse, sonriéronse á dúo ante tan agradable recuerdo, cual si no se estuviera ventilando la vida de dos hombres.

—De modo, continuó Jorge, que como la broma fué larga, la cena opípara y el *cham-pagne* no anduvo escaso, no es extraño que el sueño nos hubiese dominado un poco mas de lo que quisiéramos: pido, pues, perdón por este retardo de diecisiete minutos y medio, añadió mirando su magnífico reloj de Losada, guarnecido de brillantes.

El conde de Val hizo un gesto, que quería denotar:

—Lo mismo dá

Tras esto, el médico sacó un estuche que encerraba un par de pistolas, y uno de los testigos de Jorge practicó otro tanto.

Convinieron en dejar á la suerte la eleccion.

Así que, pusieron en tierra ambos estuches, tapándolos con el abrigo de uno de los presentes, y Jorge, como desafiado, metió la mano y retiró una caja.

Aquel estuche era el del conde.

—Me alegro, caballeros, dijo el novel baron de Casa-Mendoza; así, pues amigo Emilio, una de tus pistolas será la que te devuelva tu carta.

Tal dicho era harto inconveniente.

El conde de Val hizo un movimiento para abalanzarse á Jorge; pero su secretario le contruvo.

—Señor baron, dijo el secretario en tono de reconvencion merecida, aquí no se viene para batirse con la lengua, sino con las armas. ¿Persiste usted en no dar una esplicacion leal y honrosa al señor conde de Val, mi ahijado?

—Tengo dicho, fué la contestacion de Jorge.

—Sin embargo...

—Señor mio, usted ya lo ha indicado: aqui no se viene para batirse con la lengua, sino con las armas.

El secretario creyó prudente no replicar; tal salida de tono no lo autorizaba.

En su consecuencia, los testigos reconocieron las pistolas, y, una vez convencidos de ser enteramente iguales, uno de los testigos del conde cargó la del baron y uno de los testigos de este verificó lo propio con la de aquel, fiscalizados por los dos restantes á fin de que el duelo fuese lealmente ejecutado.

Cuando estaban cargando el arma destinada al baron, Jorge pidió que se le pusiese, por taco, la carta del conde.

El secretario, que era quien la cargaba, no estimó conveniente hacerlo por su propia mano, tratándose de un escrito de su principal, y pasó pistola y carta al otro testigo del baron que se hallaba autorizando esta operacion.

La carta hizo, pues, las veces de taco.

Acto continuo contáronse quince pasos, partiendo el sol por igual, y cada combatiente se colocó en el extremo respectivo de la línea, y los testigos, formando cruz, unos frente á otros hácia la mitad y como á diez pasos de distancia á cada lado de dicha línea.

No se permitia apuntar; pero el conde y el baron eran escelentes tiradores.

Por otra parte, tan corta distancia, hacía aquel duelo sumamente peligroso.

La señal debían ser tres palmadas dadas de seguida: ambos adversarios quedaban obligados á hacer fuego á la vez.

A la primera, se amartillaría la pistola.

A la segunda, se extendería el brazo.

A la tercera, se dispararía el tiro.

El médico fué el encargado de hacer la señal, marcándola, al mismo tiempo, con la voz.

—¡Una!... gritó con fuerte acento, aunque empañado por la emoción.

Emilio estaba sereno.

Jorge aparecía pálido.

Mas á ninguno de ellos le temblaba la mano.

—¡Dos!!...

El momento no podía ser mas solemne...

—¡Trés!!!!...

El secretario y el facultativo cerraron los ojos...

Sonaron dos tiros, que se confundieron en una sola detonación.

Cuando los testigos del conde, con los cabellos erizados, se atrevieron á dirigir una

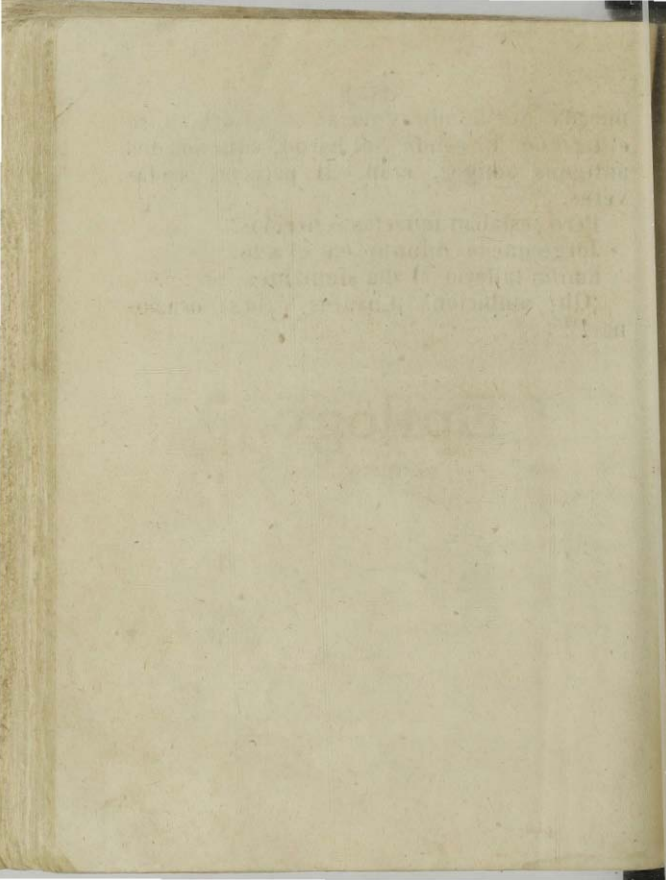
mirada, dos hombres yacían tendidos sobre el terreno. El conde y el baron, aquellos dos antiguos amigos, eran, al parecer, cadáveres.

Pero ¿estaban muertos ó heridos?

Jorge quedó difunto en el acto.

Emilio falleció al día siguiente.

¡Oh, ambicion! ¡Cuántos daños ocasiona!!!



Epílogo.



Epilogo.

Viudas las dos Marias, es decir, Mariquita y Maricon, la pobre Carmelita no sobrevivió largos años á su infortunado esposo.

Carmelita sucumbió de pesar, agobiada por una série de infortunios, viendo morir sucesivamente al hombre á quien habia llegado á amar con todo su corazon, á su padre querido y á su madre idolotrada.

Una sola persona vivió bastante para ser testigo de este drama tan lacrimoso. Mercedes, la misma que hemos contemplado en el cementerio general del Norte, depositando una corona de siemprevivas sobre la sepultura de la condesa de Val.

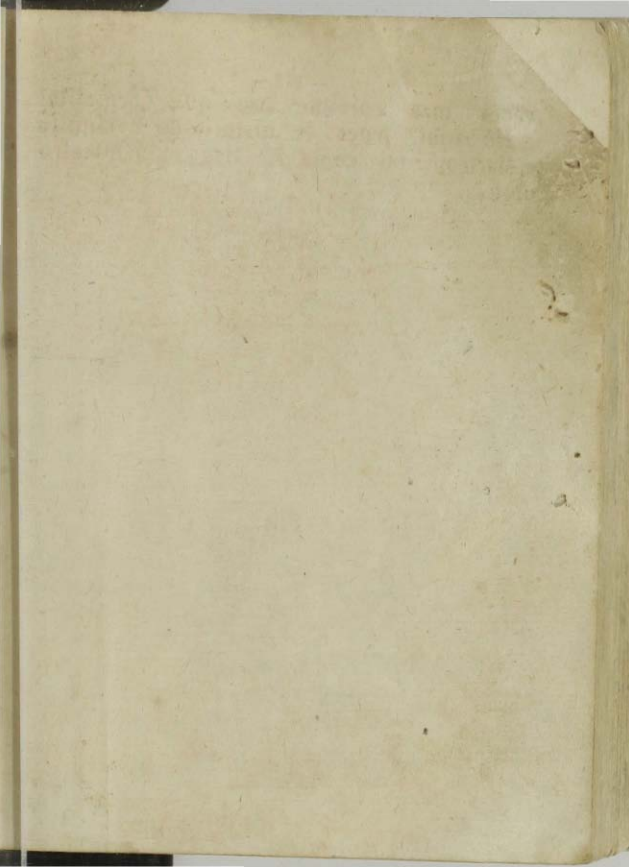
¡Ella tambien, quizás como un castigo de la Providencia, habia quedado completamente desfigurada por las viruelas, cien, mil

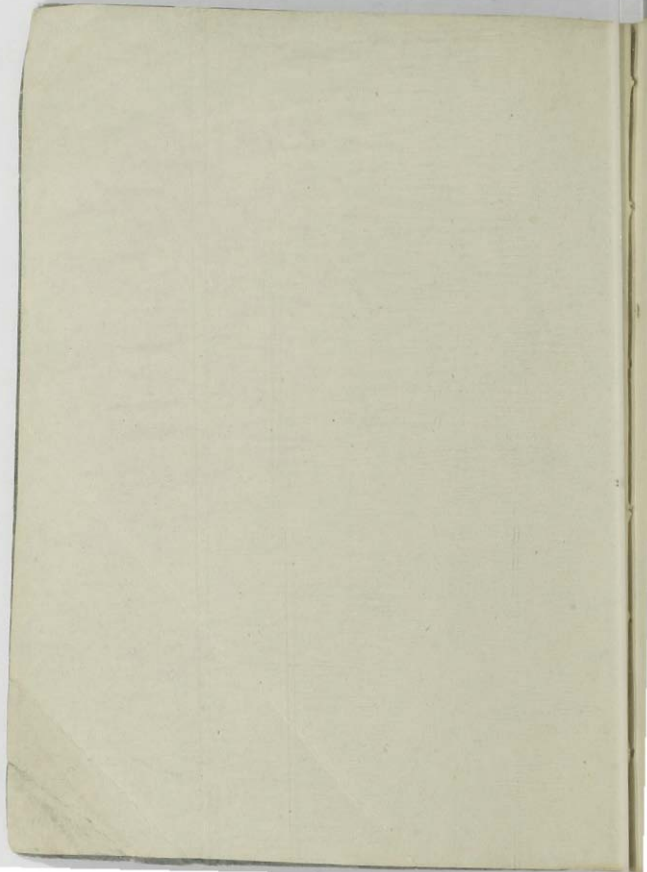
MARIQUITA Y MARICON.

veces mas horrible aun que Carmelita!

Hé aqui, pues, la historia de Mariquita y Maricon, tal como ha llegado á nuestra noticia.

FIN.





5/53
(1-5)

